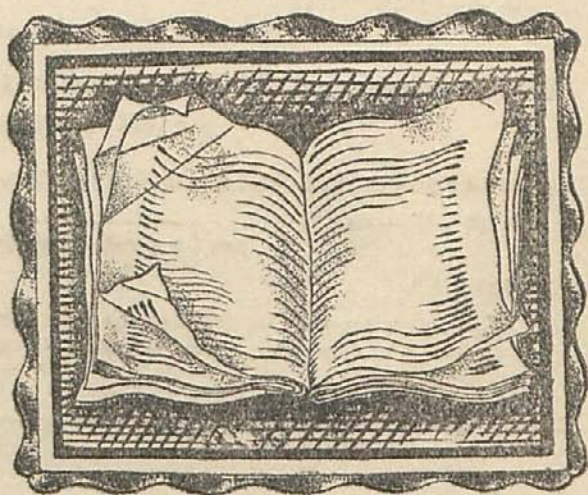


67. LD. 1430

Σ
2329

HISTORIA

REVISTA DE ESTUDIANTES



Año I

Abril de 1935

Núm. 2

S U M A R I O

LOS IBEROS

por José María Mañá.

EL FRANCO CONDADO BAJO LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA

por Jean Simon.

Alumno de la Universidad de Besançon
(Francia)

MIRANDO AL ESTE

por Concha Puig.

AUTO GENERAL DE FE

por Pablo Naranjo Porras.

1819. LA CONSPIRACIÓN DE VIDAL EN VALENCIA

por Julián S. Valero.

AMERICANISMO Y ALGUNOS PROBLEMAS QUE DE ÉL SE DERIVAN

por Leopoldo Castedo.

BIBLIOGRAFÍA

Con un resumen de las conferencias de J. HUI-
ZINGA: "Sobre el estado actual de la ciencia
histórica".

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Trimestre	3,00 ptas.
Semestre	5,50 >
Ocho meses (un curso completo).	7,00 >

Número suelto:
1,25 pesetas.

HISTORIA

REVISTA MENSUAL

Redacción y Administración:

Facultad de Filosofía y Letras - Ciudad Universitaria
Madrid

AÑO I

Abril de 1935

NÚM. 2

LOS IBEROS

POR

JOSÉ MARÍA MAÑÁ

I

ORIGENES

No podemos precisar con seguridad la aparición en España de nuestros antepasados directos, los iberos. De los últimos estudios se deduce que la raza no es indogermana ni aria, sino camita, relacionándose con los bereberes africanos.

Se cree, cada vez más firmemente, que provienen del pueblo que durante los periodos del Bronce, Eneolítico y Neolítico final desarrolló desde el Sudeste de la Península la cultura llamada de Almería, la cual evolucionó en el mismo territorio que posteriormente ocuparon los iberos, presentando con ellos una serie de concomitancias, como poblados en cimas fortificadas, cerámica con formas características de las que algunas sobreviven en la cultura ibérica de Aragón, etc... Por tanto, si conseguimos explicar con claridad el origen de estos pre-iberos, tendremos más o menos resuelto el problema de la procedencia de sus sucesores.

El punto de partida de la cultura de Almería en España es una pequeña zona costera en la provincia que le da su nombre, frente a la costa africana, de donde después se propagó hasta el Norte y el Este. Parece casi indudable que estos almerienses eran camitas del Norte de Africa. Hasta hace poco se suponía que llegaron a nuestra Penín-

sula a través del Estrecho de Gibraltar; pero esta teoría se encuentra hoy poco menos que desechada. Ya anteriormente a ellos, otros pueblos camitas se internaron en España. El señor Pérez de Barradas, hablando de los sbaiko-aterienses, mezcla de las culturas Sbaikiense y Ateriense, del Paleolítico superior norteafricano, de los cuales ha encontrado industria lítica en la zona de Madrid, opina que debieron llegar, no atravesando el Estrecho, sino directamente desde Africa a Almería, para extenderse por el Levante y Centro, de igual manera que lo hizo en el Eneolítico la cultura de que tratamos.

Actualmente, la opinión más general es que los almerienses descienden de la que se ha denominado cultura del Sahara. El Neolítico sahariense, en su desarrollo, llegó hasta el Egipto predinástico, donde le encontramos en las estaciones de Merinde-beni-Salamé, El Fayum y El Badari. Las formas de esta cerámica muestran gran semejanza con las nuestras de Almería.

El profesor Bosch Gimpera, localizando el hogar primitivo de los pueblos camitas, le sitúa al Norte del Sahara, entre el Atlas y el Níger, en la época en que, por las condiciones climatológicas, es más seguro que este terreno fuese habitado, o sea al final del Cuaternario, al que corresponde en Europa la última glaciación. Pero el periodo siguiente, Epipaleolítico, trajo consigo grandes cambios de clima (*clima optimum post-glaciación*) y el aumento de temperatura originó la desecación del Sahara, debido a lo cual, por falta de medios de subsistencia, iniciaron los saharienses su gran expansión territorial. Una parte se dirigió a Egipto, como hemos visto. Otro de sus grupos, después de haber llegado en Argelia a la costa del Mediterráneo, atravesó el mar desde la región de Orán y se estableció en Almería.

Esto, desde luego, podría explicar las analogías que encontramos entre la cultura del Sahara y la del Sudeste de la Península Ibérica. Aceptando estas hipótesis, además de aclarar el origen del pueblo ibero, se comprenderían gran parte de los elementos africanos de raza y cultura que se han tenido que reconocer siempre. En este caso, podemos decir que nuestros antepasados los iberos son la continuación de una constante racial camita que comienza a jugar un papel fundamental en la formación de la nacionalidad española a partir de la Edad de Piedra.

II

CULTURA

Respecto a estos iberos, tenemos numerosas descripciones por parte de los escritores clásicos, aunque todas muestran un gran parcialismo que tiende a rebajarles, considerándoles como bárbaros, habiendo sido en realidad el pueblo de más elevada cultura de la segunda Edad del Hierro.

Según los autores romanos, sus rasgos antropológicos característicos eran: cuerpo enjuto, miembros finos, tez morena, cabellos rizados, rostro alargado, pómulos salientes, cejas pobladas y nariz chata. Con estas descripciones concuerdan los hallazgos arqueológicos, entre los que poseemos una magnífica serie de estatuas de piedra y figurillas de bronce que reproducen fielmente los caracteres citados, los cuales vemos también en las pinturas de vasos y en las monedas.

Asimismo nos han legado los iberos buena cantidad de documentos escritos por ellos en láminas de plomo, piedra, sobre los vasos, monedas, etc. Desgraciadamente, a pesar de lo que se ha dicho y publicado, la escritura ibérica continúa siendo para nosotros completamente desconocida, por lo cual hemos de prescindir de estas inscripciones y limitarnos a los clásicos o al material que nos suministra la Arqueología, abundantísimo; gracias a él podemos conocer todas las manifestaciones culturales y artísticas de nuestros antecesores.

Si pasamos a estudiar los restos de su cultura, antes de hablar de sus espléndidas obras de arte, debemos dividirles en tres grandes grupos: ciudades y poblados, lugares de culto y necrópolis.

CIUDADES

Como ya hemos dicho, las viviendas ibéricas se encuentran siempre fortificadas en lugares elevados. Restos de ellas se han hallado en Osuna (Sevilla), Cabezo de Alcalá (Azaila, Teruel), Numancia y otras.

Las calles de estas ciudades y poblados importantes están tiradas a cordel, muchas pavimentadas con grandes losas irregulares y provistas de aceras. En localidades pequeñas o pobres se adaptan a las irregularidades del terreno, como en nuestras aldeas.

HISTORIA

Las casas generalmente muestran planta rectangular, teniendo las de Numancia cuevas abiertas en el terreno. En todas ellas se han hallado enormes cantidades de cerámica, de la que nos ocuparemos al tratar del Arte, por estar casi siempre decorada.

LUGARES DE CULTO

Entre éstos hay que distinguir santuarios naturales y templos. Los primeros están situados siempre en plena montaña, utilizando cuevas naturales. Los más importantes son los de Castellar de Santisteban (Altos del Sotillo) y Despeñaperros (Collado de los Jardines, Santa Elena), ambos en la provincia de Jaén. Han aparecido en ellos gran número de figurillas de bronce o barro cocido representando seres humanos, y alguna vez reproducciones de miembros (brazos, piernas), junto con armas y otros utensilios, todo lo cual fué ofrecido a la divinidad en calidad de ex-votos.

En cuanto a templos, es muy conocido el del Cerro de los Santos (Montealegre, Albacete). Las ruinas nos enseñan un edificio de tipo griego, rectangular, construido con sillares, a cuya entrada daba acceso una pequeña escalinata. En su interior se ve una especie de banco corrido que rodea las paredes, sobre el cual estuvieron colocados los ex-votos, que aquí consisten en estatuas de piedra.

NECRÓPOLIS

Los iberos practicaban normalmente la incineración; las cenizas del muerto se colocaban en una urna, que era depositada en un hoyo guarnecido con cuatro losas de piedra en las paredes. En la misma tumba se guardaban también cerámica, armas, con frecuencia damasquinadas en plata, y demás objetos de uso personal y adorno. Otras veces las sepulturas eran colectivas, constituyendo panteones de cámara rectangular, o en alguna ocasión circular, con o sin corredor, bien protegidas y cubiertas generalmente con un montículo de tierra.

El panteón de Toya (Peal de Becerro, Jaén) constituye una selecta muestra de la arquitectura funeraria ibérica. De interés es también la necrópolis de Tútugi (Galera, Granada), en la que han aparecido más de un centenar de sepulturas.

(Continuará.)

El Franco Condado bajo la dominación española

POR

JEAN SIMON

Alumno de la Universidad
de Besançon (Francia)

La pequeña provincia del Franco Condado, fraccionada hoy en tres departamentos—el Doubs, el Jura y la Haute-Saône—, se honra en haber pertenecido anteriormente al Imperio de Carlos V y al Reino de España.

Este periodo de su historia, que comprende más de un siglo y medio, merece la atención de los historiadores españoles, y acudimos con mucho gusto al ofrecimiento de colaboración que nos ha hecho Dario Fernández Flórez, agradeciéndolo sinceramente y rogándole transmita a nuestros amigos y compañeros los estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid nuestro fraternal saludo y nuestras felicitaciones por la feliz iniciativa que ha creado la revista HISTORIA.

Antes de abordar el estudio del reinado de los soberanos españoles en el Franco Condado, puede ser útil situar brevemente la posición de esta provincia y esbozar su historia anterior a su agregación a la corona de España.

El Franco Condado no es una región que posee límites naturales. Se extiende desde las llanuras del Saona hasta las cimas del Jura, formando una serie de mesetas cada vez más elevadas. En las llanuras se cultivan los cereales, la vid en los valles, mientras que las vertientes de las montañas están cubiertas de bosques y de prados. Si se añade a la diversidad de estas producciones agrícolas la riqueza de su subsuelo, el hierro, la hulla, y sobre todo la sal, muy apreciada en la Edad Media, podrá comprenderse por qué los habitantes del Condado, bastándose a sí mismos, han sido siempre celosos de su independencia y por qué su te-

HISTORIA

territorio ha excitado siempre la codicia de sus vecinos, franceses, suizos y alemanes.

Esta idea debe guiar al historiador, especialmente durante el período que nos ocupa ahora, y en el que, por el juego de las sucesiones feudales, el Condado de Borgoña (llamado también el Franco Condado) escapará a los poderosos príncipes que buscan la manera de desmembrar su unidad para pertenecer entero a los reyes de España.

Los romanos, después de la conquista de las Galias por Julio César, aportan a los países del Doubs y del Saona su magnífica civilización, de la que todavía quedan vestigios monumentales, haciendo del futuro Franco Condado la Provincia Máxima Sequanorum; sus habitantes fueron llamados los sequanes y su capital fué Vesontio (Besançon).

La decadencia del Imperio romano provoca la invasión de los bárbaros, y la Sequania fué invadida sucesivamente por los alamanos, los vándalos y los burgundios. El cristianismo dulcificó, afortunadamente, las costumbres demasiado rudas de los invasores.

Los burgundios, entre los cuales la civilización tuvo un cierto brillo, no supieron resistir el empuje de los francos, que acudieron a combatir la herejía arriana, en la que habían caído los reyes burgundios. La historia de este período franco es casi desconocida.

Después del reparto del Imperio de Occidente, a la muerte de Carlomagno, nace el régimen feudal. El Franco Condado forma parte del Reino de Borgoña, en el que figura como condado del mismo nombre. Algunos de sus condes son célebres en la Historia: emperadores del Sacro Imperio, como Federico Barbarroja; reyes de Francia, como Felipe el Hermoso, o duques de Borgoña, como Carlos el Temerario.

CARLOS V (1515-1555)

¿Cómo pasa el condado a poder de Carlos V? La casualidad de una sucesión lo explica. Era Carlos nieto de María de Borgoña y de Maximiliano de Austria. Su padre, Felipe el Hermoso, había muerto prematuramente, a los veintiocho años, en Burgos, y hasta la mayoría de edad del joven príncipe el condado fué confiado a su tía Margarita de Borgoña (1), hija del emperador Maximiliano. Carlos es a la vez, por

(1) Margarita de Austria, o de Habsburgo, gobernadora de los Países Bajos desde 1507 a 1530, viuda del príncipe Don Juan de España y de Filiberto II de Saboya, mujer extraordinaria, negociadora de la paz de Cambray o de las Damas.—(Nota del traductor.)

sus abuelos maternos, el heredero de las casas de Castilla y de Aragón. Jamás hombre alguno había reunido sobre su cabeza tantas coronas.

Dentro de este inmenso imperio, el condado ocupaba un pequeñísimo espacio. Hasta 1530 fué efectivamente Margarita de Borgoña la que dirigió sus destinos, con una habilidad notable. Supo dar al condado un gobierno fuerte, preservándolo de los apetitos de sus vecinos. Esta mujer superior obraba como el más experto de los diplomáticos: suizos y franceses codiciaban las riquezas del condado, pero los primeros, celosos de los segundos y comprendiendo que la partida estaba momentáneamente perdida para ellos, firmaron con Maximiliano, en 1511, un tratado llamado «la Liga Hereditaria», que garantizaba la neutralidad del condado.

Poseedores para el futuro de ese bien supremo que es la paz, los habitantes del condado conocieron una era de felicidad, un período de prosperidad material e intelectual, cuyos resultados podremos observar en el reinado de Carlos V.

I

El nuevo conde, emperador de Alemania y rey de España, hereda los sentimientos borgoñeses de su tía, que le recomienda «*de garder et retenir en ses mains ledit Comté*».

¿A qué parte de sus estados iba el emperador a agregar su Condado de Borgoña? Una distancia demasiado grande lo separaba del Reino de España, y no se podía pensar en unirlo al Imperio, dado el desprecio que los borgoñones sentían por los germanos. Recordando su origen galo, querían mantener su independencia todo lo posible.

Conservó Carlos la integridad de sus estados de Flandes, a los cuales pertenecía el condado, «el más antiguo patrimonio de la casa de Borgoña». Pero las preocupaciones creadas por el gobierno de un tan vasto imperio no permitían al emperador ocuparse de los intereses particulares de sus posesiones burgundo-flamencas, nombrando por esta causa regente de ellas a su hermana María de Hungría (1). En realidad, el condado conservó su autonomía administrativa, ya muy desarrolla-

(1) En Bruselas, el 24 de enero de 1531. (N. del T.)

da bajo el gobierno de Margarita, haciendo reconocer a su soberano todos sus privilegios y libertades, que tan celosamente defendía.

La originalidad de su gobierno merece un análisis detallado.

La princesa regente residía en Bruselas, y tenía como representante de su poder en la capital del condado a un gobernador, que generalmente era un señor del país, como Jean y Philibert de Chalon. Sin embargo, este cargo fué confiado a un extranjero, Robert de Nassau, pero éste no residió en el condado y acabó por entregar sus poderes más honoríficos que reales, a Claude de la Baume.

Teóricamente, el Gran Consejo de los Países Bajos debía ocuparse de los asuntos del condado como de los asuntos de Flandes; pero los borgoñones, que nunca lo hubiesen soportado, tenían realmente un parlamento propio. Como todos los parlamentos de la Edad Media, el de Dole poseía atribuciones judiciales y administrativas, y el consejo de los Países Bajos no podía intervenir nada más que en los casos excepcionales, y siempre mediante demanda de la regente.

El emperador confirmó la siguiente composición del parlamento de Dole: un presidente, dos caballeros de honor, nueve consejeros laicos, dos consejeros pertenecientes al clero, dos consejeros fiscales, un procurador y su sustituto. Estos oficiales, repartidos en dos cámaras, constituían el tribunal supremo de la provincia.

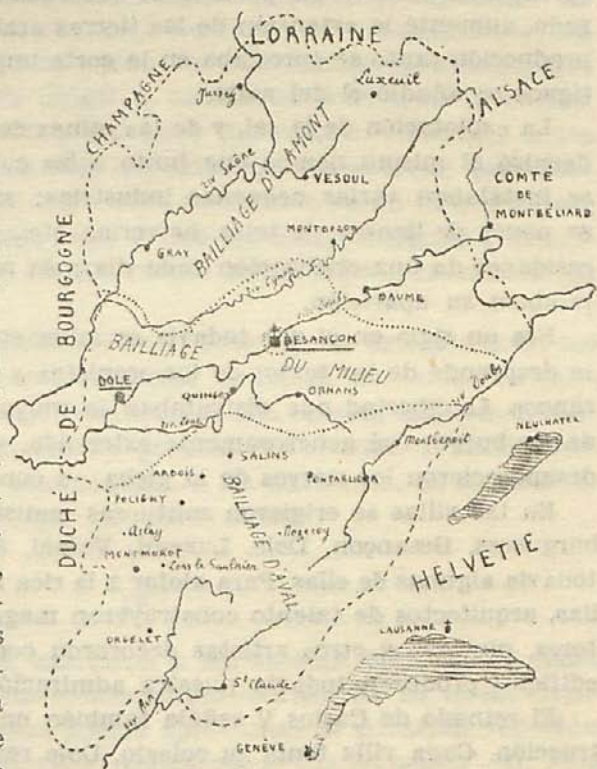
Para la administración de justicia, el condado se dividía en tres grandes bailías, subdivididas a su vez en otras más secundarias (1). Al norte, la bailía de Amont (Vesoul), con Gay, Montbozon y Baume. Al sur, la bailía de Aval, con Salins, Arbois, Poligny, Orgelet et Pontarlier. Entre las dos la bailía de Dole, que tenía como secundarias a las de Quingey y Ornans.

El parlamento de Dole juzgaba las causas de todas estas bailías, así como las eclesiásticas de Luxeuil et Saint-Claude. Estas atribuciones estaban tan extendidas, que de hecho el parlamento tenía en su mano toda la administración: vías públicas, aguas y bosques, monedas, oficios, etc... Por esta razón el cargo de consejero era muy envidiado y confería a los burgueses la nobleza del vestido, opuesta a la vieja nobleza de la espada. Esta última, eliminada de la administración, se consumía en la inacción, encontrando únicamente ocasión para intri-

(1) Véase el mapa.

gar cuando se celebraban las sesiones, efímeras, sin duda, de los Estados de la provincia.

Esta tercera institución se componía de tres cámaras: la de la nobleza, la del clero y la de los burgueses de las villas. Votar el don gratuito, o el impuesto de la provincia, era la función principal de estos diputados, que exigían como condición necesaria que el dinero votado se invirtiese en el interior del condado. Los votos que ellos tenían la costumbre de emitir al final de cada sesión hubieran tomado con gusto la forma de consejos imperativos si el conde no se hubiera preocupado de impedirlo. Carlos V, tanto por hábil cortesía como por política, gustaba de firmar él mismo las cartas personales de convocatoria. De él dependía, por lo tanto, la fecha y la frecuencia de las sesiones, que no se prolongaban nunca más de cuatro días.



Mapa Administrativo del Condado.

La prudencia del emperador y la habilidad de su gobierno permitió a esta constitución provincial, en apariencia muy complicada, alcanzar una armoniosa perfección.

II

Al orden interior se unió la seguridad exterior de la provincia, tranquila y segura de sí misma. La prosperidad material produjo una na-

ción feliz y rica, y las letras y las artes, protegidas por mecenas distinguidos, encontraron hombres de talento para cultivarlas.

La agricultura, todavía rudimentaria, no hubiera producido lo suficiente para nutrir una población que crecía sin cesar, de haber conservado su rutina. Un periodo de roturación intensa, casi inconsiderado, aumentó la extensión de las tierras arables y de los viñedos, cuya producción tanto se apreciaba en la corte imperial. Y a los cultivos antiguos se añadió el del maíz.

La explotación de la sal, y de las minas de hulla y de hierro, se modernizó al mismo tiempo que junto a las corrientes de agua del Jura se instalaban varias pequeñas industrias: serrerías, molinos, fábricas de papel, de lienzos, de telas, herrerías, etc., imprescindibles a las necesidades de una civilización cada día más refinada. La imprenta hizo también su aparición.

Era un siglo en el que todavía se sabía apreciar *le bien-être*, según se desprende de los textos de los cronistas y de los viajeros contemporáneos. La libertad que disfrutaban la mayor parte de los habitantes de los burgos fué generosamente extendida, y aunque es cierto que no desaparecieron los siervos de la gleba, su condición fué muy mejorada.

En las villas se erigieron suntuosas mansiones, a la manera de los burgueses. Besançon, Dole, Luxeuil, Vesoul, Salins, Ornans, conservan todavía algunas de ellas. Para alojar a la rica nobleza de estas villas bailías, arquitectos de talento construyeron magníficos hoteles, que escultores, pintores y otros artistas decoraron con gusto. Algunos de estos edificios producen todavía nuestra admiración.

El reinado de Carlos V señala también un gran progreso en la instrucción. Cada villa tenía su colegio. Dole resplandecía por su Universidad, cuyas cátedras de Derecho y de Teología atraían gran número de estudiantes, del condado y extranjeros, especialmente alemanes y holandeses.

III

Besançon, antigua capital de la Sequania, era una villa libre imperial. El poderío de los arzobispos obligó a los condes a crear en Dole la capital política. Besançon, en el centro del condado, no era otra cosa que la capital religiosa. Pero bajo el gobierno de Carlos la situación cambió. Conde y emperador al mismo tiempo, realizó, por primera vez

desde Federico Barbarroja, la unidad de la provincia. Sin embargo, costumbres multiseculares habían producido entre los habitantes de Besançon un celo vivísimo por su independencia, que les hacía oponerse siempre a la unión de su ciudad con el condado. Rehusaron la creación de un vicario imperial, y su hostilidad respecto al emperador no acabó sino mediante nuevos favores. Pero Carlos obró astutamente: en lugar del vicario imperial encargó a su guardasellos, Granvelle, que era natural del condado, de dirigir la conciencia política de la ciudad.

A fuerza de querer aislarse del resto del mundo, Besançon había llegado a convertirse en una villa sin industria ni comercio; pero Carlos V la transforma, a pesar de su ciega resistencia, en un centro importante de transacciones, mejorando la red de comunicaciones y creando una Casa de la Moneda, en detrimento del monopolio financiero del arzobispo.

Poco a poco, ante el contacto con el progreso, la arrogancia de sus habitantes se dulcificó, transformándose al fin en un verdadero culto por su bienhechor. El consejo hizo erigirle una estatua sobre la fachada del ayuntamiento, y su retrato presidía las reuniones. Finalmente, un reglamento municipal recomendaba a los habitantes de la villa rogar a Dios, cada mediodía, por su amado señor.

IV

El emperador, a su vez, apreciaba a sus vasallos del condado hasta el punto de otorgarles concesiones sorprendentes. En su lucha continua con Francisco I, hubiera podido aprovechar la situación ventajosa de su condado de Borgoña para «*endommager les français*» (1). Para ello hubiera sido necesario denunciar la insoportable «Liga Hereditaria» y romper la neutralidad, tan querida, de sus vasallos borgoñones, que, alarmados por algunas incursiones y por las guerras que les rodeaban, reclamaron la fortificación de Dole y de Gray. Las *milices de fortune* (2), que se organizaban, bien o mal, a cada alerta, fueron secundadas por un ejército de 12.000 hombres, y Besançon fué provisto de cañones y pólvora.

Todo este aparato militar consiguió alejar al invasor. Algunos es-

(1) *Endommager* tiene un sentido de perjudicar, lastimar, hacer daño, etc.

(2) Milicias voluntarias que se improvisaban rápidamente. (N. del T.)

HISTORIA

piritus bellicosos se apenaban de aquella paz enervante, pero poseían siempre el recurso de seguir a su conde-emperador en sus incesantes campañas. Gran número de borgoñones recorrieron Francia, España e Italia. Al volver de Pavia el escudero Gropain, y el arquero Merey se jactaban de haber contribuido a la captura del rey de Francia, y Jean d'Anelot se enorgullecía de una herida recibida de la misma mano de Francisco I.

Además de esta multitud de escuderos y de gentil-hombres, otros borgoñones ocuparon cargos más importantes. Al acabar el reinado de Carlos, de los cinco grandes oficiales de la corte, dos son naturales del condado; Philibert, de la Baume, y Joachim de Rye. Algo parecido sucedía en el Consejo de los Países Bajos, aparte de todos aquellos que Carlos V empleaba en misiones particulares, o en delicadas embajadas, entre los cuales podemos citar algunos que la historia ha señalado: Jean Lallemant, Nicolas Gilley, Francois Richardot, Francois Bonvalot, Simon Renard... Casi todos son legistas, burgueses, o recientemente elevados a la nobleza.

Otro borgoñón los domina a todos. Nicolas Perrenot de Granvelle, hijo de un *tabellion* (1) de la bailía de Ornans, se eleva, desde su humilde origen, hasta el puesto de consejero y guardasellos del emperador.

La fortuna prodigiosa de este hombre no puede separarse de la de su hijo, aún más ilustre, el cardenal de Granvelle. Acaso escribamos algún día un resumen de la vida de estos dos hombres de Estado, tan esenciales para la historia del siglo XVI. Pero antes veremos en un segundo estudio (2) cómo la hábil obra de Carlos V en el condado fué comprometida por sus sucesores, desde Felipe II a Carlos II.

BIBLIOGRAFIA

- LAVISSE ET RAMBAUD: *Historie générale*. Tomos IV y V. París, 1879.
E. ROUGEBIEF: *La France Comté ancienne et moderne*. París, 1851.
L. FEBRE: *Histoire de Franche Comté*. 4.^a édition. París. Boivin, 1912.
G. GAZIER: *La Franche Comté, choix de textes, précédés d'une étude*. París. Renouard, 1914.
A. CASTAN: *Charles Quint et sa statue a Besançon*, in: *Mémoires de la Société d'Emulation du Doubs*, 1867.

(1) Notario de pueblo. (N. del T.)

(2) Próximamente publicaremos este segundo trabajo de M. Jean Simon.

MIRANDO AL ESTE

POR

CONCHA PUIG

Frente a la dificultad seria, paradójica, de comprender al hombre en lo que precisamente tiene de hombre, de hermano nuestro, las diferencias de raza, de ideas, de cultura, son pequeños obstáculos que es posible salvar si nos acompaña una buena voluntad.

Una indiferencia honda y descolorida es nuestra actitud ante los remotos países donde nace el sol. ¡Están tan lejos! Síntoma mortal de una Europa cansada; quizá se están agotando sus más sanas inquietudes y muere, acaso, anémica, sin músculo, su alma aquélla, tan generosamente grande, de todos, para todos, y sólo por eso más auténticamente de ella.

Segura, tensa, salía de sí misma, divina aventurera, a amar a sus hermanos, unos hermanos desconocidos, remotos, de no sabía dónde ni cuándo; no importa, ya los amaba, y el amor, como una llama, ilumina y encuentra.

Primero se ama, luego se conoce; es decir, que nosotros conocemos mal porque no amamos. ¿Se nos secó aquel espíritu viajero, buscador de lejanos hermanos? Nuestra España, maestra de pueblos, calla, más que otras veces, por toda respuesta. ¿Por qué? Esa es cuestión que ahora dejamos.

Y, sin embargo, allí donde nace el Sol viven países ricos en posibilidades y promesas...

Hay un episodio en nuestra Edad Contemporánea de importantes consecuencias para el mundo actual, y probablemente de mayor trascendencia aún para el porvenir; es el momento en que el hombre de Occidente, armado de todo su maravilloso adelanto material, va a asomarse al Oriente remoto; ciertamente, no en un desinteresado, sublime impulso, como aquel que lanzaba a nuestros misioneros, con la ver-

dad y la vida en la mano, hacia los hijos desvalidos del Este. El móvil de las aventuras contemporáneas va a ser, más que nunca, comercial y económico. Oriente fabuloso significaba únicamente nuevos mercados, y, si acaso, posibles dominios para explotar.

Cabía, no obstante, confiar que el comercio engendrara algún día contactos espiritualmente más profundos.

Pero ¿cuál es ese mundo lejano al cual dirigimos hoy nuestro mirar? Se llama China y Japón.

De todas las naciones en la actualidad existentes—si es que, políticamente, se le puede llamar nación—, China es la más antigua, la primera dotada de una cultura asombrosa, tan elevada, que sus formas, quizá por no poder separarse, se quedaron en modelos inmutables de vida que alimentaron sin fin a la posteridad.

Su cultura fué su fuerza; suave y firme, se impuso siempre a los pueblos con quienes tuvo contacto. «La política extranjera ha conquistado China muchas veces, pero la cultura china ha permanecido siempre victoriosa.»

Su cultura es posible que fuera también su debilidad. El chino se recostó blandamente sobre las sentencias filosófico-religiosas y las normas morales de sus sabios; eran perfectas; no tenían que cambiar; se hicieron estáticas; China vivió esa vida suya en la quietud, fundamentalmente distinta de la de Europa.

Apegada a la tradición, y con un alto nivel espiritual, su mundo era un mundo aparte. El chino es pacífico; si alguna vez se agitó, es que vinieron de fuera a conturbarle, y al fin vencía siempre su suavidad, su silencio (1).

Embajadas de paz, de concordia, siempre las aceptó la cortesía china; no era desconfianza ni recelo lo suyo; allí cabían todas las

(1) El caso de Ts'in Shih-Huang-Ti, «El primer Emperador», es de tal modo excepcional, que pone en claro mejor el carácter constitutivo chino. Shih-Huang-Ti no se parecía en nada al tipo de héroe o sabio consagrado por su nación; por eso le detestó la China; sus historiadores le consideran casi unánimemente como el peor de los tiranos. Ciegos a ciertos positivos valores, ven sólo la crueldad, la dureza de hierro en el que por única vez intentó realizar su unidad nacional; el soberano que deseó llegar a ser, y se llamaba a sí mismo, «El verdadero Hombre». China no encontró ya jamás un genio enérgico, dominador, semejante al suyo. La idea de un Estado centralizado no volvió a ensayarse. Únicamente su cultura le dió una cohesión.

ideas, todas las doctrinas. En su alma, Confucio permanecía, invariablemente, el mejor de los sabios.

Por encima de sus grandes maestros y sus instituciones, ¿qué podía haber? China confiaba en aquella secular cultura que dirigía su vida; todavía hoy tiene fe en ella. Y de esto fué quizá de lo que se defendió siempre obstinada, orgullosamente: de un modo de vida nuevo; se lo traían los pueblos extranjeros—primero asiáticos, finalmente los europeos—; pero ella no lo comprendía; consistía en la lucha y el movimiento. China se escondió, tímidamente, detrás de sus murallas.

—Yo, en tanto, he pensado simplemente esto: las antiguas normas chinas, veneradas de siempre por su pueblo, pero además—en lo poco que he llegado a conocer—magníficas, traslucen un ideal de vida en el silencio (y no en la mudez, claro está), en la quietud, pero en una quietud física, externa, que no destruye la vida honda del espíritu, o por lo menos no quiso destruirla. ¿Se durmió luego el chino muellemente, y no de cuerpo, sino de espíritu, sobre sus maestros? Esto, por lo pronto, no es tan fácil decirlo; pero, en todo caso, lo que los pueblos le trajeron a lo largo de su historia fué siempre una lucha, un movimiento bajo, de cuerpos en tierra, respondía a determinadas ambiciones e intereses, pero verdaderos ideales que pusieran en conmoción la vida dormida de su espíritu—excepto pequeños casos aislados de muy distinta y superior categoría—nunca le llegaron de fuera. Esto importa indicarlo.—

Un día, a mediados del siglo pasado, el Occidente marchó a los países del Extremo Oriente, seriamente dispuesto a entrometerse en sus vidas.

China adoptó una actitud hostil; su espíritu poco favorable a los diablos extranjeros se manifestó al fin, de modo trágico, en 1900: insurrección de los Boxers. ¿A qué debía su aversión?

El asunto no dice mucho en favor de nuestra civilización occidental. En 1841 los ingleses comenzaban las relaciones a cañonazos; obligaban a China a envenenarse comprándoles el opio de la India; y luego, un tratado abría varios puertos chinos al comercio internacional.

A este primer acto de violencia sucedieron muchos otros; todo el Occidente siguió el ejemplo británico: China tuvo que ceder y conceder; en su historia se iniciaba un período de contacto con hombres nuevos venidos de otros continentes; su última gran etapa fué la re-

volución de 1911, que derrumbó a la dinastía manchú para proclamar la república.

Sut-Yat-Sen es el padre de la revolución china.

He aquí al Celeste Imperio políticamente europeizado; ¿había nacido una joven China absolutamente joven y nueva? Si es que real y seriamente lo intentó, sus miembros de pergamino y todo su viejo organismo no pudieron responder a un ideal que no estuveira contenido en sí misma. China tenía sentido, o creía tenerlo—es cierto que un sentido difícil de comprender para nuestra mentalidad—, en tanto que arrastraba una cultura admirable y veneraba quedamente su tradición y sus antepasados. Es decir, en tanto que era y vivía de sí misma. Se le dijo que la vida consistía en el movimiento; ella lo confundió con agitación.

No pudo hacerse una nación articulada, unida, porque quizá carece de un claro sentido nacional. Van movidos como muñecos sin cabeza; luchas, sin principio ni fin, traen a China la desolación; la anarquía no acaba, no camina, al menos; es su estado normal.

Y los países, en tanto, la acechan con apetito feroz. Si la supieron agitar, no han sabido, o no han podido, o no han querido, llevarla de la mano hacia una voluntad firme y fuerte de organismo unitario, de auténticos deseos y entusiasmos unánimes. Los hijos del Oriente podían entonces volverse demasiado peligrosos a sus intereses.

Después de esto no extraña su posición; se ha dicho: «Los chinos jamás se convierten realmente, salvo en raros casos, a los argumentos occidentales en favor del progreso». «No creen que los medios de Occidente sean mejores que los suyos». No tienen motivos para creerlo. Su actitud es todavía de confianza en la superioridad de su antigua civilización. Y Europa no ha hecho aún nada digno de demostrarle lo contrario. En consecuencia, no quieren auténticamente lo que en apariencia se esfuerzan en poseer; la mayoría se agitan y luchan enredados en guerras de las que, en última raíz, no esperan nada.

En definitiva, no creen en Europa; por eso, a nuestros ojos europeos, y además tan alejados—mucho más alejados que la distancia material que nos separa—, a nuestros ojos, que resbalan por aquella gran superficie oriental, que desde aquí nos parece lisa, y no se atreven, o no se dignan, agarrarse a sus asideros, los chinos caminan sin perspectivas, no desean nada—nada de lo nuestro—, no acaban de sa-



Hsia Kuei (hacia 1180-1230): Garzas junto al arroyo, China.

(Copia de Pilar Enciso.)



Kung-Tsé (Confucio) y su discípulo Yen-Psé.

Grabado en piedra del siglo XII en el templo de Confucio en Chü-Fu (provincia de Shan-Tung, China).

(Copia de Consuelo Calzada.)

ber lo que quieren—o no lo sabemos nosotros—, su único síntoma de vida es su muda, trágica hostilidad (1).

Occidente no se detuvo aquí.

Después de su afortunada intromisión en China, marchó rectamente al Japón; «ansió violar su aislamiento voluntario, forzar sus puertas bajo el eterno pretexto de trabar con él relaciones comerciales». La llegada de la escuadra americana—1853-54—dió la señal.

Comienzo menos trágico que el bombardeo de Cantón por los ingleses. De él Japón no guardó rencor ninguno; al contrario, fué la iniciación a una vida nueva.

Pero tratemos de ver más de cerca el semblante de este pequeño país de la sonrisa y la corrección, tan distinto en esencia de China.

Es un pueblo valiente y guerrero; templado de buen acero su alma; Japón feudal. Por otra lado, es significativo en su historia ver surgir a la mujer antigua con personalidad vigorosa, decidiendo directamente los destinos de su nación, destinos políticos, pero también intelectuales, artísticos, espirituales. Primera en las letras mejores de su edad dorada.

Por eso no es casual que se atribuya a una mujer—que el hecho fuera real o legendario, poco importa para el caso—, la emperatriz Jingó-Kógó, la conquista de Corea, «el Reino de las mañanas apacibles», puente por donde más tarde habían de pasar las letras, la Religión y la civilización, camino del Japón.

Exquisito, leve es el perfume y el rubor de ese almendro en su florecer, que ellos pintan con tan callada ternura. Porque el dulce Imperio del Sol Naciente lo aprendimos primero, en unos deliciosos paisajes que alguna vez llegaban a nosotros; tenían por fondo la sagrada silueta del Fuji-Yama; un cerezo—o un almendro, yo no lo sé muy bien—tendía amoroso sus ramas por los aires del cuadro como unos brazos muy suaves. Revelaban una delicada sensibilidad poco común.

Desde sus lejanas nieblas, antes que nada, este país tan discutido nos habló con poesía.

Y, sin embargo, si tuviéramos que darle un nombre, lo llamaríamos, prosaicamente, trágón.

(1) Es posible que todo lo que vengo diciendo, y aun lo que diré, sean ingenuidades; es natural que ocurra así; lo contrario sería prodigioso o monstruoso; mi humilde intento de situarme ante semejante horizonte y explicar, sufre todas las consecuencias de este profundo, negativo distanciamiento de él, en que nos hemos puesto a vivir.

Allá por los siglos III al VIII se asimiló toda la cultura de la gran China cradora, su hermana mayor. La nueva savia corrió por sus venas como un agua de vida propia, y fructificó. Japón no dejó por eso de ser sí mismo.

Caminó el tiempo por los vaivenes de su historia, cuando, de pronto, algo desconocido se le cruza en su camino; y no es casual el extraño visitante, viene por él, a buscarle, no es posible eludirle. ¿Qué hará el Japón? Dos únicos caminos se le presentan: dejarse aplastar por esos colosos que traen maravillosos adelantes, morir, gota a gota, en sus manos, o bien asimilarse todo ese progreso material en poderoso, supremo esfuerzo de digestión. Esto último es lo único que puede salvarle si es que es sano y no pierde su alma en una demasiado dura empresa. Se entrega a ella con ímpetu y una animosidad conmovedora, tenaz. Lleva en la mente un pensamiento único: «es preciso instruirse».

Hubo en él humildad sincera; reconoció superioridad al europeo en lo que la tenía; en esto estriba gran parte de su triunfo, el resto lo atribuiría a un gran sentido práctico junto con algunas virtudes de raza, potentes e intactas aún.

Aprende en Occidente; Japón calla y aprende, aprende. Es la nación hecha una, de arriba a abajo, la que emprende vibrante, con conciencia de su misión, el gran viaje ascendente del progreso. Se inculca a los pequeños, a los grandes; en la escuela, en el hogar, en la calle. Cumplen religiosa, heroicamente, su cometido, y... ya es igual a sus maestros; más tarde, los supera; la evolución más rápida, más prodigiosa que ha conocido el mundo los pone materialmente a la cabeza de aquellos que un día les deslumbraron.

¿Y su espíritu? ¿Se salvó del naufragio? No sabría yo responder a un problema tan definitivo. Pero vale la pena estudiarlo.

Japón ofrece hoy al mundo un raro ejemplo de unidad; tiene fe en las mismas creencias e ideales; sobre todo tiene fe robusta en sí mismo; éste es su gran secreto a imitar.

* * *

He aquí dos pueblos, dos actitudes. Su historia—que fué su vida, su creer y su pensar, su arte—iremos aprendiéndola en modesto desfile de trozos característicos de alma, o fantasmas de alma, china, japonesa..., esencialmente humana, y, por eso, mucho más próxima y mucho más lejana a nosotros de lo que a primer ver (que por ser nada más que primero, apenas es auténtico ver) creemos.

AUTO GENERAL DE FE

POR

PABLO NARANJO PORRAS

1680. La postrer campanada que había de anunciar la hora final del Imperio Español parecía próxima a sonar. Se había renunciado a la Unidad Ibérica, reconociendo la independencia de Portugal. Luis XIV había invadido el Franco Condado y conquistado para Francia algunas plazas de Flandes, alegando para tan injusta agresión los derechos de su esposa María Teresa a los Estados de Brabante, derechos invalidados al renunciar aquélla los suyos a la sucesión española. Habíanse sucedido las desastrosas paces de Aquisgrán y Nimega; ya no tenían nuestros ejércitos su fama de invencibles. Lo demostró en tiempo de Felipe IV la artillería francesa, destruyendo en Rocroy cuadros enteros de aquellos valientes, cuya formación jamás pudiera romper infantería alguna. Las luchas por la privanza del monarca se sucedían en el interior del real palacio: cayeron Nithard y Valenzuela, Don Juan de Austria acaba de morir.

I

Madrid. Mayo de 1680. La capital de las Españas parece haber olvidado su angustiosa situación. Como si no quisiera percibir la existencia de tan graves asuntos, ha echado un velo sobre ellos para olvidarlos durante breves instantes. Vestida con sus mejores galas e iluminada por un sol casi estival, se dispone a exaltar la Santa Fe Católica, con idéntico ardor al que días antes pusiera en divertirse contemplando los juegos y torneos celebrados para festejar los desposorios reales.

Se va a celebrar en la Plaza Mayor un Auto General de Fe. Gran entusiasmo en todos; algunos se proponen mostrar su fe ardorosa, zahiriendo de palabra o de obra a los condenados, bien con una injuria, acaso con una pedrada. También el rey tuvo ocasión de mostrar su fervor. Insinuada Su Católica Majestad para que autorizara la celebración de un Auto General de Fe en Toledo, se dignó aprobar lo que

se proponía, y manifestando más su Real ánimo de asistir personalmente, quedó resuelto que el Auto General que se disponía se celebrase a su vista en esta Corte (1).

En todas las clases sociales despertó igual entusiasmo tan solemne acto. Ochenta y cinco títulos de Castilla presentaron humildemente sus ejecutorias de nobleza para alcanzar el señalado honor de ser declarados familiares del Santo Oficio. Doscientos cincuenta menestrales formaron una «Compañía de Soldados de la Fe», cuya misión era custodiar los condenados y libertarles de las probables demasías de las gentes; tenían por capitán a Francisco de Salcedo y como alférez a Juan Domínguez. Don Pedro del Castillo, ayudante de la Comisaría General de España, fué llamado «para que los industriase en la disciplina militar».

El 30 de mayo, día de San Fernando, se anunciará la celebración del Auto General; el 29 de junio, que la Iglesia dedica a San Pedro, se conducirán procesionalmente las cruces blanca y verde; el 30 de este mismo mes, señalado con la conmemoración de San Pablo, se celebrará el Auto en la Plaza Mayor. Así se ha servido disponer el Santo Tribunal de acuerdo con los deseos manifestados por Carlos II.

30 de mayo. Una lucida cabalgata recorre las principales calles madrileñas. Compónenla los familiares, ministros y notarios del Santo Oficio. Van procesionalmente, dando guardia al «Estandarte Rico de la Fe» (2). Marchan primero los miembros de la Congregación; siguen los familiares del Santo Tribunal, jinetes sobre airosos caballos ricamente enjaezados; van después, montados en *mulas con gualdrapas siendo su mayor gala la modestia con que correspondían a la decadencia y decoro de su estado* (3). Cierran la comitiva secretarios del Tribunal de Corte y demás tribunales residentes en Madrid.

Su misión es hacer conocer a los vecinos la celebración del Auto. Formada en la calle de Torija, frente al domicilio del Inquisidor General, Don Diego Portela Valladares, obispo de Plasencia, allí se echó el primer pregón. Bajando por la calle del Tesoro y las plazuelas de

(1) Joseph del Olmo: *Relación histórica del A. G. de F., celebrado en Madrid en 1680*, págs. 3 a 4.

(2) De damasco rojo. Con el escudo real y el de la Inquisición.

(3) Obra citada, página 23.

Doña María de Aragón y de la Encarnación, llega a la de Palacio, donde un pregonero deja oír unas palabras, que los reyes escuchan tras las ventanas del Alcázar.

Dice así: «Sepan todos los moradores y vecinos de esta villa, Corte de Su Majestad, estantes y habitantes en ella, cómo el Santo Oficio de la Ciudad y Reino de Toledo celebra Auto General de Fe en la Plaza Mayor de Madrid, el domingo 30 de junio de este presente año, y que se conceden las gracias e indultos dados por los Sumos Pontífices a todos los que acompañasen o ayudasen en el dicho Auto y mándase pregonar públicamente para conocimiento de todos».

Una vez terminado el pregón, marcha la comitiva hacia la plaza de Santa María, donde, ante la reina madre, se pronuncia el tercer pregón. Por último, después de recorrer la población en todos los sentidos y haber anunciado el acto en los puntos más principales de la población, volvió la comitiva a su punto de partida y se disolvió ya muy entrada la noche (1).

El 6 de junio dióse un decreto ordenando la construcción de un teatro adecuado para el acto. Fué autor de los planos José del Olmo y dirigió la obra el maestro Tomás Román. Se comenzó a construir el 23 de julio y se terminó el día 28 del mismo mes. Era un enorme tablado de madera, levantado sobre el piso de la Plaza Mayor. Tenía ciento noventa pies de largo por ciento de ancho. Presidíalo el palco real, que, cercano al nacimiento de la calle de Toledo, se había construido sobre un balcón de aquella fachada, en medio de dos grandes tribunas destinadas a la nobleza y embajadores extranjeros. Frente a él, ocupando el centro de la plaza una jaula destinada a los condenados, que tenía a su derecha el altar, el púlpito y el trono del Inquisidor General y la tribuna de su acompañamiento. Una enorme galería rodeaba todo el tablado; un toldo evitaba a los asistentes los rigores del sol. Ricas colgaduras y vistosas tapicerías adornaban todo el teatro.

(1) Se dieron pregones, además de los arriba indicados, en los siguientes lugares: Puerta de Guadalajara (situada hacia la mitad de la calle Mayor, entre la actual calle de Milanese y la Plaza de San Miguel), Puerta del Sol, Antón Martín y Santo Domingo.

La calle del Tesoro no se corresponde con la que hoy lleva tal nombre. Debía estar, según parece indicar el itinerario de la comitiva, cercana a la hoy calle de Fomento. (La actual está próxima a la calle del Pez.) La plazuela de Doña María de Aragón estaba en las inmediaciones del Senado. Y la de Santa María, al final de la calle Mayor. Las demás calles que recorrió la comitiva eran las mismas que hoy.

Ya todo dispuesto, tuvo lugar, la antevíspera del Auto, una curiosa ceremonia. Sobre las tres de la tarde, la Compañía de la Fe, salida de las casas del Tribunal de Corte, lugar de su alojamiento, marchó camino de la Puerta de Alcalá. Una vez allí, se dirigió a Palacio, después de haber cogido cada soldado uno de los haces destinados al brasero, colocados de antemano en la citada puerta. Llegados frente al Alcázar, subió el capitán al cuarto del rey, a quien, por mediación del Duque de Pastrana, le fué presentado uno de los haces, haz devuelto tras ordenar Carlos II *«fuese el primero que se arrojase al brasero»*. Cumplido este requisito, volvió el capitán a su compañía, que, formada en orden de marcha, se dirigió a la salida de la calle de Fuencarral, al sitio indicado para colocar el brasero, depositando allí los haces, según estaba convenido.

Tenía la Inquisición por escudo una cruz verde sobre campo negro, con un ramo de oliva a su derecha y una espada a la izquierda, *«como quien dice que la Cruz de nuestra Redención, por la piedad de Dios, y suavidad de su gracia representada en la Oliva, ofrece esperanza a los tenebrosos ánimos de los reos»*.

A causa de esto, antes de celebrarse los Autos de Fe, se conducían procesionalmente dos cruces. Una blanca y otra verde. La blanca simbolizaba la justicia divina. Se colocaba en el brasero de los condenados a muerte, para que tuvieran bien presente que Dios perdona a la par que castiga. La verde significaba la esperanza en el perdón. Se llevaba al teatro donde se leían las causas, y, colocada sobre alto pedestal, alentaba a los condenados en sus esperanzas de perdón.

Verificóse la conducción de las cruces el 29 de junio. Se formó la comitiva frente al Colegio de Doña María de Aragón, en cuya iglesia estaban depositadas ambas. La componían Grandes de España, ministros y familiares del Santo Oficio, el Concejo de Madrid, la Compañía de Soldados de la Fe y gentes de todas clases. Daban escolta cincuenta alabarderos del Marqués de Pobar y Malpica, capitaneados por su señor. Llevaba la cruz verde el Duque de Medinaceli, primer ministro de la Monarquía; y la blanca el mayordomo mayor de la Congregación de San Pedro Mártir. Contemplaron los reyes desde los balcones de palacio la procesión, que había recorrido el siguiente itinerario: plazuelas de Doña María de Aragón y de la Encarnación y calle del Tesoro. Una vez salida de la plazuela de Palacio, siguió por la calle

Mayor y entró en la Plaza Mayor por la calle de Boteros (1). La cruz verde quedó depositada en esta plaza, y la blanca fué llevada por el camino más corto al brasero, situado, según ya sabemos, a la salida de la calle de Fuencarral, cerca de los «Pozos de Nieve» (2).

Hacia las diez de la noche se notificó su sentencia a los condenados a muerte. Don Antonio Zambrana de Bolaños, Inquisidor de Corte más antiguo, leyó la sentencia a cada uno de ellos:

«Hermano, vuestra causa se ha visto y comunicado con personas muy graves, de grandes letras y ciencias, y vuestros delitos son tan graves, y de tan mala calidad, que para castigo y exemplo de ellos se ha hallado y juzgado que mañana habéis de morir; prevenios y apercebios (sic), y para que lo podáis hacer como conviene, quedan aquí dos religiosos.»

Leída la sentencia, marchaba el notificante y quedaba en la celda el reo acompañado de dos religiosos. Dos familiares del Santo Oficio permanecían toda la noche custodiando la puerta para seguridad de los frailes. A familiares y religiosos se había destinado gran provisión de vino y bizcochos, para que, fieles a su cometido, no disminuyeran su celo en toda la jornada.

II

30 de junio de 1680. Una lúgubre caravana sale a las seis de la mañana de las cárceles de Corte y se dirige a la Plaza Mayor. Abren paso los soldados de la Fe, siguen doce sacerdotes que custodian una cruz enlutada, y tras ellos, repugnante recuerdo de lo ausente, se conducen las efigies de los condenados huídos o muertos. Hay treinta y cuatro estatuas; treinta y dos de condenados a muerte, dos de reos leves. Algunas llevan arquetas de madera repletas de huesos. Son los de los condenados fallecidos durante la tramitación del proceso. Van después los condenados presentes; marchan formados en hilera, entre dos filas de ministros del Santo Oficio. Se han colocado primero, en número de once, los condenados a penas leves. Cubren su cabeza con la co-roza, grotesco bonete puntiagudo pintado de llamas, y llevan al cuello

(1) Actual calle del Siete de Julio.

(2) Próximamente hacia la actual Glorieta de Bilbao.

unas sogas, tantas veces anudadas como centenares de azotes habrán de recibir. Llevan en las manos velas amarillas. Siguen los acusados de *vehementi*, condenados por judaizantes. Son cincuenta y cuatro, visten unas horribles túnicas amarillas cruzadas detrás y delante por enormes aspas rojas. Marchan en último lugar los *relaxados*, reos condenados a morir en la hoguera, que cubren sus cabezas con las corozas y llevan capotillos de *llamas y dragones*.

Camina tras ellos una fastuosa comitiva, que contrasta rudamente con el aspecto misero de los reos. Familiares del Santo Oficio, Grandes de España, altos dignatarios de la Iglesia y de la monarquía, la forman. Revestido de todos sus atributos, marcha en medio de todos el Inquisidor General, jinete sobre hermoso caballo bayo, que rodean doce servidores lujosamente ataviados. Cierran la procesión los cincuenta alabarderos del Marqués de Pobar y Malpica.

Llegó al teatro la comitiva a eso de las nueve. Entró a la plaza por la calle de Boteros, en cuya salida estaban las Guardias Española y Tudesca, para impedir toda clase de ofensas que pudieran inferirse a los presos. Presentaba la Plaza Mayor un aspecto abigarradísimo, muy parecido al de una plaza de toros en día de buena corrida; sedas y brocados se mezclaban con la estameña y el picote de a real; la golilla y el traje militar francés, el de la ya disuelta Guardia Chamberga, conviven hoy; han suspendido su constante lucha y firmado un corto armisticio, en honor de la Santa Inquisición (1).

Entre los tapices y colgaduras del palco regio se distinguía una cara amarillenta, alargada y estrecha, sostenida por una golilla de encajes y prolongada por enorme labio colgante. Era el rostro de Carlos II, Rex Hispaniarum. Junto a él, María Luisa de Orleans, su primera esposa, parecía contemplar regocijada un espectáculo tan desconocido para ella. A su lado, Mariana de Austria, madre del monarca, austriaca de corazón y alma, contemplaba a los españoles con el mismo desdén y altivez de siempre.

Llegada la comitiva al teatro, y una vez colocado cada cual en su

(1) El trayecto recorrido por los reos y sus acompañantes desde el tribunal de Corte, sito en la calle de San Bernardo, a la Plaza Mayor, fué el siguiente: calle de San Bernardo, Plazuela de Santo Domingo, calle de Torija y Caños del Peral (hoy calle de los Caños), Plazuelas de Santa Catalina de los Donados y de las Descalzas Reales, calles de San Ginés, Bordadores, Mayor y Boteros (hoy del Siete de Julio).

síto, comenzó la ceremonia con el juramento que el rey y la villa de Madrid prestaron al Inquisidor General de defender la fe católica. Después, el mismo Inquisidor General dijo una misa, terminada la cual, pronunció un larguísimo sermón el Padre Maestro Fray Tomás Navarro, de la Orden de Predicadores, con el tema «Exurge Domine». Al terminar el sermón, se leyeron las causas de los condenados. Serían las tres de la tarde cuando se terminó tan larga tarea: fueron leídas cerca de ciento veinte causas; hubo veinticuatro condenados a muerte, que habían de ser entregados al brazo secular (1)—*relaxados*—para ser quemados en la hoguera. Dos *relaxados*, hombre y mujer, fueron perdonados y absueltos por haber solicitado la gracia real.

Tras la lectura de las causas, después de haber sacado del teatro los condenados a muerte para ser conducidos al suplicio, tuvo lugar la abjuración de los reos de *levi* y de *vehementi*. El Inquisidor General pronunció dos fórmulas, una para cada clase de reos, quienes la repetían con las rodillas clavadas en tierra. Duró hasta las siete de la tarde. Siguió un pequeño intervalo, tras del cual dijo el mismo Inquisidor General una segunda misa, con lo que acabó el acto a las nueve de la noche. Había durado el acto doce horas justas. Carlos II las había pasado sin dar señal alguna de cansancio.

III

Los *relaxados* salieron de la Plaza Mayor sobre las tres de la tarde. Saliendo por Boteros, se dirigieron, por las calles Mayor y de Bordadores, las plazas de las Descalzas Reales, San Martín y Santo Domingo, a la puerta de San Bernardo, donde, como sabemos, estaba situado el brasero. Iban escoltados por cincuenta «Soldados de la Fe».

El brasero era un enorme montón de leña de siete pies de alto por sesenta de cuadro. Se subía a él por una escalera, provista de veinte palos de seis pies de ancho cada uno.

Había dos clases de condenados a la hoguera. Una era la de los arrepentidos, que serían muertos antes de ser arrojados al fuego. Para ellos estaban destinadas veinte horcas situadas frente al brasero. Los no arrepentidos, los réprobos y herejes, habían de ser quemados vivos.

(1) La Inquisición, tribunal religioso, no podía ejecutar las penas graves. Había que entregar los reos a la justicia seglar para que esta los ejecutara.

HISTORIA

Terminó su ejecución el 2 de julio. Fueron primeramente ejecutados los arrepentidos, que eran trasladados a la hoguera después de haber sido muertos en la horca a manos del verdugo. Y por último fueron arrojados vivos a la hoguera los no arrepentidos.

El día siguiente, 3 de julio, se ejecutó el castigo de los condenados a penas leves. Salieron de las Cárceles del Tribunal de Corte para ser expuestos a la vergüenza pública. Rodeados por los Soldados de la Fe, corrieron las principales calles madrileñas. Les precedeía un pregone-ro, que, de vez en cuando, decía en alta voz:

«Esta es la Justicia que manda hacer el Santo Oficio de la Inqui-sición a estos hombres y mujeres.

»A la primera, vergüenza pública.

»A la segunda, doscientos azotes, por casada tres veces.

»Al tercero, doscientos azotes, por revocante en causa grave.

»Al cuarto, doscientos azotes, por casado dos veces.

»Al quinto, doscientos azotes, por embustero, y cinco años de ga-leras.

»Al sexto, por haber dicho misa y confesado, sin estar ordenado, doscientos azotes, y cinco años de galeras.

»Y al séptimo, por embustero supersticioso, doscientos azotes.»

Una vez recorrido el itinerario señalado, fueron puestos en liber-tad los solamente condenados a azotes y vergüenza pública. Los desti-nados a galeras fueron a las cárceles secretas del Tribunal de Corte, y el día 4 salieron camino del lugar donde habían de cumplir su con-dena. Con este suceso terminó la segunda parte de aquel famoso Auto General de Fe; la primera había terminado el 30 de junio en la Pla-za Mayor.

El mismo día 4 se disolvió la Compañía de Soldados de la Fe. Era el último suceso de aquel majestuoso Auto que se había ejecutado para perpetuar la memoria del desgraciado reinado de Carlos II.

BIBLIOGRAFIA

JOSÉ DEL OLMO: *Relación histórica del auto general que se celebró en Madrid este año de 1680.* Refiérense las circunstancias y el sumario de las sentencias de los reos. Madrid, 1680.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO: *Bosquejo histórico de la Casa de Austria.*

JULIÁN JUDERÍAS: *España en tiempos de Carlos II el Hechizado.*

1819. La conspiración de Vidal en Valencia

POR

JULIAN S. VALERO

Abundan en 1814 los elementos liberales en Valencia, pero en Valencia comienzan los seis años de absolutismo al regreso de Fernando VII.

Si alguna región tiene asegurada, al parecer, una tranquilidad completa, es Valencia, en manos de un «persa» significado y curtido militar: el general D. Francisco Javier Elio y Olandriz. Pero el liberalismo, tan sañudamente combatido, lucha a cuerpo limpio unas veces, y siempre con la oposición clandestina. De ella sería muestra el título de un periódico manuscrito: «Lo que da que reir en Valencia».

«Si es broma puede pasar», pensarían los liberales, a poco de comenzar el absolutismo; pero, ya en 1816, habrían comenzado a actuar, porque en el mes de mayo dió Elio un bando, en que, además de referirse a desertores, vagos y ladrones, trata de licencias de armas y pasaportes de circulación por la provincia, que serían exigidos principalmente a los militares. Medidas que acentuó en otro bando de diciembre.

Asustaron poco, sin duda, tales medidas, porque el año 1817 comienza con dos motines promovidos por las sociedades secretas, que nutren las cárceles de liberales y provocan un nuevo bando de Elio, en el que regula de nuevo la concesión de licencias de armas, previene que nadie debe llevarlas, después de oscurecido, so pena de detención o de horca, si hace resistencia, y, siendo importante descubrir los que compusieron la cuadrilla de miserables, revoltosos que, sin duda, quisieron alterar el orden público, promete mil reales de vellón a quien

los delate, si no estaba comprometido, y la libertad si tomaba parte en la sublevación (1).

De nuevo en junio fulmina Elio terroríficas penas contra quienes extienden voces de «supuestos alborotos». Alborotos supuestos, ahora precisamente, cuando el general Castaños, Capitán General de Cataluña, temiendo alteraciones del orden público, dispone la traslación desde Barcelona a Mallorca de Lacy, que es fusilado en el Castillo de Bellver el 5 de julio; y cuando los liberales valencianos continúan el movimiento iniciado por Lacy y dan ocasión a Elio a reprimir la conspiración, ahorcando a catorce personas, la cabeza de una de las cuales —la de Rafael Armengol, «el vidrier»—fué expuesta en la puerta de la Trinidad para escarmiento de liberales recalcitrantes.

Ya estaba tranquila Valencia. Pero, como dice un refrán valenciano, la procesión iba por dentro y había de mostrarse, puntual, cronométrica, en el movimiento liberal que, dirigido por el coronel Vidal, debía estallar el 1.º de enero de 1819. Año nuevo, vida nueva.

* * *

La conspiración de Vidal es para Vicente de la Fuente (2) la más vasta, trascendental y mejor preparada durante los seis años de absolutismo.

El plan de la conjura era proclamar rey constitucional a Carlos IV —la Cachucha, según una canción a su favor—, a quien anunciaron su propósito, y enviar a Inglaterra a Fernando—la Tirana, según la misma canción—. El cabeza de turco que había de parar el primer golpe era Elio; su prisión sería la señal de libertad para España.

En la organización, producto de las logias masónicas, intervenían principalmente el coronel don Joaquín Vidal, D. Diego Calatrava, que se encargó de propagar la idea por el reino de Valencia, y D. Félix Bertrán de Lis. También estaba comprometido el segundo cabo de la Capitanía General de Valencia, D. José O'Donnell.

Ya en Valencia Vidal, se ultima el modo para apoderarse de Elio. Asistía éste a un teatro llamado de la Valda, en la calle de San Salva-

(1) Bando del general Elio de 18 de enero de 1817.

(2) VICENTE DE LA FUENTE: *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España, y especialmente de la francmasonería*, Barcelona, 1933, tres tomos.

dor, y allí se pensó apresarle, al grito de Libertad y Constitución, para lo cual compraron los palcos contiguos al del Capitán General, que estaba a la izquierda del escenario.

Era tiempo de revisar todos los elementos y de preparar el golpe. Dato interesante a comprobar es la afirmación de un historiador (3) de que los intereses particulares de Valencia no estaban muy en armonía con el pacto general que se intentaba proclamar, por lo que había cierta tendencia hacia un sistema federativo y republicano.

Pero la trayectoria del alzamiento ha de tomar nuevo rumbo, porque seis días antes del señalado, el 26 de diciembre, fallecía la reina Doña Isabel de Braganza y las funciones teatrales se suspendieron.

En la Guía de Valencia de 1827 (4), en el capítulo de recreos y espectáculos, se da la noticia de que existen en la ciudad trece juegos de billar. Uno de ellos era el llamado «Villar del Porche», donde, a primeras horas de la noche del 2 de enero de 1819, se reunieron los jefes de la conjuración liberal, tratando de hallar nueva orientación al levantamiento.

Estaría hablando Bertrán de Lis, impetuoso y audaz, o planeando asaltos el capitán D. Luis Aviñó, cuando un cabo del regimiento de la Reina llamado Padilla se presentaba—cobarde o comprado—al general Elio y le explicaba toda la trama.

Rápido, Elio sale de Capitanía General, detrás de la Catedral, y con una docena de soldados cruza los cortos y aun hoy oscuros callejones, hasta la actual plaza del Conde de Carlet. Advertido Vidal, sale a su encuentro, espada en mano, y se encuentran en el portal: el marco de la puerta soporta el decidido sablazo de Vidal. Y lo que pudo ser principio de un triunfo fué el fin de una conspiración fracasada: Elio tendió a Vidal de una estocada en el pecho, y en el Porche se iniciaba la desbandada, saltando los fugitivos las tapias de un jardín cercano para escapar a las furias de Elio. Don Juan María Solá consiguió el mismo objeto saltándose la tapa de los sesos de un pistoletazo.

Fueron detenidos once de los fugitivos, a quienes se sumó luego Bertrán de Lis, que fué entregado a Elio por unos vecinos, en cuya casa buscó refugio. Mientras, los presos iban a la Ciudadela, el jefe de

(3) DE LA FUENTE: Obra citada.

(4) *Guía de naturales y forasteros en Valencia y su estado militar, con un plano topográfico de esta ciudad*. Valencia, 1827. Impr. Monfort.

la conspiración era llevado al hospital. La causa comenzó a instruirse rápidamente.

No pudo conocerse a los demás complicados, aunque se ofreció, sin éxito, la libertad a Bertrán de Lis si los denunciaba (5). A los pocos días se unía al proceso un documento comprometedor que Vidal, al recobrar el conocimiento, entregó a una monja enfermera, que lo dio al arzobispo Don Veremundo Arias Tejeiro.

En el Llano del Remedío—asiento hoy de la feria navideña—se levantó la horca en que se había de ejecutar la sentencia, que fué de pena de muerte a los trece acusados (6). Fueron conducidos al lugar de la ejecución el 20 de enero. Se degradó públicamente al coronel Vidal—en cuyo pecho aparecía, sin cicatrizar aún, la herida que le infirió Elio—y fueron asistidos en sus últimos momentos por religiosos de varias Comunidades.

Al leer la sentencia, oyéndose Bertrán de Lis nombrar Bertrán a secas, interrumpió con firme voz: «De Lis», y terminada la lectura, exclamó: «Muero contento, porque no faltará quien vengue mi muerte». Después de pasados por las armas y con las cabezas destrozadas, fueron colgados de la horca. Se dice que delante de ellos paseó Elio, por la tarde, vestido de gran uniforme y seguido de algunos oficiales de Estado Mayor que formaban parte de la conspiración (7).

El mismo día aparecía un Bando, en que el Capitán General decía: «El espectáculo que hoy se ha ofrecido a nuestra vista deja de ser horroroso al considerar los delitos que han conducido a esos monstruos a finalizar sus días en el afrentoso patíbulo. Acabar con la Monarquía, destruir las leyes, perpetrar el robo, la venganza, el asesinato, y, en fin, derramar sangre abundante, eran los objetos que buscaban...

»...mientras quede uno solo no esperéis tranquilidad en vuestras casas y... no tendréis, no, padres, hijos sumisos y tiernos; no tendréis, no, esposas, compañero dulces y consecuentes; no habrá amigo para el amigo; no habrá buena fe en los tratos y en el comercio; se acabará

(5) LUIS MINGUET ALBORS: *El general Elio y su tiempo. Memorias de los sucesos políticos y militares de España*. Valencia, 1922-23; dos tomos.

(6) Eran D. Joaquín Vidal, D. Félix Bertrán de Lis, D. Diego Calatrava, D. Luis Aviñó, D. Marcelino Rangel, D. Serafín de la Rosa, D. Peregrín Plá, D. Vicente Clemente, D. Manuel Verdeguer, D. Francisco Sagraera, D. Blas Ferriol, D. Francisco Gay y D. Luis Vivó.

(7) MODESTO LAFUENTE: *Historia de España*, tomo XVIII.

hasta la memoria de las virtudes sociales, acabaríamos por matarnos mutuamente y porque el hijo matase al padre que le dió el ser y a la madre que lo crió.»

Por si los valencianos no se fiaban de tan horrible cuadro, les aconsejaba que volvieran la vista a Francia, y terminaba afirmando que Dios protegía a España dándole virtudes y esforzados pechos que impedirían todo ataque al rey y a la Religión.

Pero la represión brutal avivaba las pasiones, y con la causa de Vidal y compañeros se iniciaban los primeros conciliábulos para el nuevo levantamiento.

* * *

En diciembre del mismo año, murmuraba la gente: «¡Ya viene! ¡Ya viene!» La Madre Clío—como diría Galdós—afilaba la pluma y continuaba la Historia: «1.º de enero de 1820. El esperado pronunciamiento, acaba de producirse en Cabezas de San Juan».

A pesar del reciente fracaso—la traición del Palmar—, acometido el levantamiento después, con inferiorísimas fuerzas, salió favorable a quienes lo llevaron adelante, hasta darle feliz término contra toda racional esperanza, gracias a la sin igual torpeza de un Gobierno que, titulándose absoluto, no sabía ejercer la autoridad (8). Y mientras los caudillos correteaban por Andalucía y el cansancio mermaba sus huestes, el Gobierno mismo, como temeroso de vencer a la revolución, triunfante a pesar de su mayoría, rechazaba el ofrecimiento del general Elio, que desde Valencia acudió a mandar tropas o a pelear como simple soldado.

Mantenía, en tanto, el Gobierno el más absoluto silencio sobre la sublevación, queriendo ahogar con él lo que era incapaz de sofocar con energía; pero no podía evitar los encontrados rumores que agitaban a la opinión, que daba a veces por sublevadas Andalucía, Galicia y Aragón; por vencido, otras veces, el movimiento y presos sus caudillos.

La revolución, como las carretas de aquellos tiempos, como la administración española, iba despacio. Parecía cosa oficial. Y lo que habría terminado por consunción vino a tomar nuevo auge y segura efectividad con el calor del entusiasmo popular, que sustituía el eso-

(8) ALCALÁ GALIANO: *Recuerdos de un anciano*, 1878.

térico grito de «Viva la niña bonita» o «Viva la Pepa» por el rotundo y manifiesto de «Viva la Constitución del 12». No fué, en realidad, unánime el grito, ni ensordecedor el estrépito, pero era tan grande el silencio en el teatrillo nacional—por miedo unos; en expectativa de mejora los más—, que, al Gobierno al menos, pareció trompetas de Juicio Final.

Todavía el 3 de marzo se confiaba en un ejército de Castilla que mandaría el general Ballesteros. Pero los sucesos atajaban a las previsiones. El conde la Bisbal, «piruetista al acecho de las horas» (9), veía venir la Revolución y se adelantaba a recibirla, exhibiendo laureles que no bastaron a prestigiar los pesados manifiestos con que abrumó a la prensa madrileña a poco de triunfar la revuelta (10).

Hizo la agitación de Madrid insuficiente la real promesa de Cortes del D. del 6 de marzo, y acostumbrado Fernando a hacer su real voluntad, no encontró quien le aconsejara una resolución enérgica, y la noche del 7 de marzo marcha «francamente» el primero por la senda constitucional (11).

Jurada la Constitución por el rey, disuelta la Inquisición—vieja máquina mohosa y desdentada—y establecido el Ayuntamiento Constitucional y la Junta Provisional Consultiva, la revolución había terminado, a juicio de los liberales: «Sólo exigió—son palabras de la Junta—seis años de paciencia, un día de explicaciones y dos de regocijo». Dos días de regocijo en Madrid, tranquilos, salvo las exageraciones del fervor constitucionalista, como besar la lápida de la Constitución, que permitieron decir a un periódico que «jamás en circunstancias tan extraordinarias se condujeron más noblemente los habitantes de un gran pueblo».

Y así la revolución que inició Riego termina oficialmente. Y donde los pueblos no se sublevaron, como en Coruña o Zaragoza, hay Decreto de S. M. Fernando VII restableciendo la Constitución de 1812.

Tal ocurrió en Valencia el 10 de marzo de 1820.

* * *

(9) M. FERNÁNDEZ ALMAGRO: *Orígenes del régimen constitucional en España*. Manuales Labor, 1928.

(10) V. *El Constitucional* números de abril de 1820.

(11) Dice Mesonero—*Memorias de un setentón*—que apareció el decreto restableciendo la Constitución en la *Gaceta* del 7; en realidad, salió en la extraordinaria del 8, pues en el decreto del 7 sólo prometía convocatoria de Cortes.

HISTORIA

El traer a cuento estas breves reflexiones sobre la Revolución de 1820 no tiene otra motivación que el no perder el curso de los sucesos que habian de permitir, a los dos años, glorificar a los liberales muertos en el llano del Remedio de Valencia.

* * *

Para conmemorar en el año 1821 el aniversario de la ejecución de Vidal y sus compañeros, se formó una Junta que habia de recaudar fondos con que subvenir a los gastos del traslado y función religiosa a celebrar.

El 19 de enero, a las tres de la tarde—trasladados los restos desde el barranco de Carraixet, a pocos kilómetros de la ciudad, en Alboraya al convento de Religiosas Franciscanas—, acudieron las autoridades a éste para trasladarlos a la iglesia donde se celebraría el aniversario (12).

Los transportan en un carro, cubierto con un manto negro con franjas y bordados de oro. Seis jóvenes de luto conducen los seis caballos de tiro y doce invitados llevan cintas negras que penden de la parte alta del coche, cubierto de coronas de laurel. Al llegar al Llano del Remedio, donde fueron ajusticiados, un orador pronuncia un discurso breve, al tiempo que se descubre una lápida que rebautiza el lugar: «Campo de los Mártires. Por la libertad» (13).

Cruzando la ciudad por la plaza de Santo Domingo y calles del Mar, San Vicente y San Fernando, hasta la plaza del Mercado, fueron llevados a la Iglesia del Seminario sacerdotal, donde el siguiente día habia de celebrarse el solemne funeral.

La iglesia estaba lujosamente adornada. En el crucero habia un enorme catafalco con leyendas, estatuas simbólicas, panoplias y banderines. Sobre una escalinata del mismo, que daba al altar mayor, podía leerse: «La justicia y la arbitrariedad les arrojaron al sepulcro de los malos. La Patria bendice sus cenizas». A un lado, otra inscripción decia: «Déspotas: así venga la Patria vuestros impíos fines».

(12) *Relación de la función civico-religiosa que en la tarde del 19 y mañana del 20 se celebró en esta ciudad en el aniversario de las víctimas sacrificadas por el despotismo en enero de 1817 y 1819. Acompaña la oración fúnebre que dijo el Presbítero D. José Soriano, Valencia, 1821; 29 págs., 8.º mayor.*

(13) LUIS TRAMOYERES: *Periódicos de Valencia*, 1880.

El altar mayor estaba cubierto de negro, con un manto con borlas y franjas de oro.

A las diez comenzó la ceremonia. Oficiaba el canónigo magistral don Vicente Llopis, y fué el encargado de pronunciar un discurso fúnebre don José Soriano.

Al final del acto, y tras un himno de bastante mérito poético, puesto en música por don José Gómez, fué de nuevo colocada en el carro la caja con los restos mortales, y se llevó al cementerio general, donde se les dió sepultura en la capilla, al lado del Evengello.

A esta conmemoración se debió también un himno a don Félix Bertrán de Lis (14).

* * *

Los liberales, unidos hasta ahora, comienzan a lucir cintas verdes o rojas. No había de tardar en aparecer en Valencia un folleto que, a las recomendaciones de unión de los moderados, replicaba:

*«Serviles y pasteleros
tienen bien por qué callar:
los unos, porque la han hecho;
los otros, porque la harán.
Larán, larán, larán.»*

(14) Himno del joven mártir de la patria Félix Bertrán de Lis, dedicado por un ciudadano admirador de su heroísmo a Doña Melchora Bertrán de Lis, Valencia, 1821, en folio.

Americanismo y algunos problemas que de él se derivan ⁽¹⁾

POR

LEOPOLDO CASTEDO

Parece como si la gran decadencia española—un siglo XVII anodino y un XIX de literatos malos—se ensañara aún más con los problemas americanos, y se empeñase en dejar sepultadas en los archivos y bibliotecas las inmensas fuentes documentales que tenemos y hemos tenido siempre tan cerca.

Desde el antiguo esplendor cultural de la España de los siglos XVI y XVII, hasta nuestro siglo XX, apenas algunos atisbos coleccionistas (Juan Bautista Muñoz, por ejemplo), movimientos de política internacional, generalmente, parecen interesarse por los estudios americanos.

Afortunadamente, la gran época en que culminó España produjo figuras tan enormes en el campo de la Historia de América como Bartolomé de las Casas (2), el hombre bueno, propulsor, involuntario naturalmente, de la Leyenda Negra; Gonzalo Fernández de Oviedo (3), autor de la Historia de América más extensa que conocemos; Pedro

(1) El tema ha sido ya tratado. Vid. Manuel Ballesteros: *El problema del americanismo en España*. Anales de la Universidad de Madrid, tomo II, fasc. 2, p. 232.

(2) Fray Bartolomé de las Casas: *Historia de las Indias*. Existe una edición de 1875-76 y otra más moderna, s. f. Relación de la destrucción de las Indias, 1542.

(3) Gonzalo Fernández de Oviedo: *De la Historia Natural de las Indias*, o *sumario de la Natural Historia de las Indias*, 1525; *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra-firme del mar Océano*, 1535-1557. Hay una edición muy completa de la Academia de la Historia; Madrid, 1851-55.

Mártir de Angleria, el latinista (4); Antonio de Herrera (5); Torquemada (6), Calancha (7), Acosta (8) y otros muchos historiadores menos generales que los antedichos (9).

Hoy podemos decir que estamos a punto de salvar la gran laguna. Desde luego, en el extranjero, donde siempre ha habido interés grande por las cosas americanas, sobre todo en Alemania, y menos en Francia e Inglaterra, donde, no obstante, existe una magnífica sección en el British Museum, organizadora, bajo la dirección de Joyce, de las más importantes expediciones científicas a Centroamérica, el problema americanista ha tomado cuerpo, forma y desarrollo; y así vemos en Alemania clases de americanística en todas las Universidades, el Ibero-amerikanisches Institut, verdadera sede de eruditos, y las secciones de los museos für Volkerkunde. A este interés obedece el reciente acuerdo de la Sociedad de Naciones, que, por medio del Comité de Cooperación intelectual, y a propuesta de don R. Levillier, decide comenzar un gran estudio del siglo XVI hispanoamericano, de lo que es producto la campaña realizada por este señor en Madrid.

Y en España... Desde luego, la Academia de la Historia viene haciendo una serie de publicaciones; en Sevilla existen los Institutos Hispano-Cubano y de Estudios Americanos, dirigidos por el señor Ots y Capdequí; en el Museo Naval se han explicado unos cursillos, en los que el catedrático don Antonio Ballesteros estudió la génesis del Descubrimiento de América, y don Abelardo Merino y don Julio Guillén, en

(4) Pedro Mártir de Angleria: *Opus epistolarum*; *Décadas del orbe Novo*.

(5) Antonio de Herrera: *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra-firme del Mar Océano*, Madrid, 1934; hay otras ediciones. Amsterdam, 1622, 1623; Francfort, 1624; París, 1660, 1671; Francfort, 1623; Leyden, 1706; Londres, 1724 y 1725; Amberes, 1728.

(6) Fray Juan de Torquemada: *Monarchia Indiana*.

(7) Fray Antonio de Calancha: *Crónica moralizada del orden de San Agustín en el Perú*; Barcelona, 1639.

(8) Joseph Acosta: *Historia Natural y Moral de las Indias*.

(9) Además de los autores citados existen otros importantísimos en la historiología americana: Fernández Enciso, *Summa de Geografía* (1519); López de Gomara (1527-1547); *Cartas de Relación de Cortés* (1519-1526); *Historia de la conquista del Perú* (1554); Agustín de Zárate; Pedro Cieza de León, *Crónica del Perú*; Diego Fernández, *Historia del Perú* (1572); Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera Historia de la Conquista de Nueva España*; Solís, *Historia de la conquista de Méjico*; Fray Bernardino de Sahagún, *Historia de Nueva España*; Fernando Colón, *Historia del Almirante Don Cristóbal Colón*, Madrid, 1892.

sus respectivas conferencias sobre Cartografía y Arqueología Naval, han demostrado, bien claramente, la utilidad y aportación grande de estos estudios para los americanos; y, ante la proximidad del Congreso de los Americanistas de Sevilla, los investigadores españoles se preparan.

En la Universidad de Madrid se ha trabajado recientemente, y se trabaja, en el extenso campo americanista. A cargo del catedrático don Antonio Ballesteros tiene lugar un curso oficial de Historia de América, en la Facultad de Filosofía y Letras; el Seminario de Estudios Americanistas de esta Facultad realiza actualmente una labor profunda en el campo de la bibliografía y en el de la notación y catalogación de manuscritos; Altamira, en la Facultad de Derecho, trabaja sobre instituciones americanas; Manuel Ballesteros ha dado un curso breve de Arqueología americana (1932-33), y el profesor alemán Trimborn, traído por el legado Cartagena de la Academia de la Historia, explica Lingüística y Arqueología americana.

Pero todo esto, de extraordinario e indudable valor, sólo debe ser un precedente, o un origen, del gran movimiento americanista que se avecina.

Tenemos personalidades destacadas, material y facilidades, un ambiente que parece propicio al desenvolvimiento del estudio que nos ocupa, y, en fin, un campo de trabajo extenso y asequible. Y digo campo extenso porque quien estudie a América encontrará todos los aspectos, generalmente poco investigados, de que la Historia en sí se compone. Varias civilizaciones que, sin duda por ser casi desconocidas, rara vez se incluyen en la Historia Universal, como si para estos historiadores América naciera, repentinamente, en 1492, se nos ofrecen casi vírgenes, con monumentos para su estudio, tanto documentales como arqueológicos. Hay quien dice que la cultura, a su marcha de Oriente a Occidente, pasa, o tiende a pasar, a América; yo no pienso así, por ahora; pero ello no es obstáculo para afirmar rotundamente que el nacimiento de una gran serie de nacionalidades, con carácter propio muchas de ellas, si bien mediatizadas e impelidas por Europa y por este Derecho Romano anacrónico que disfrutamos, ofrece un interés, no ya escuetamente histórico, sino sociológico y político, con todas sus variantes. Y, mirándolo todavía desde un punto de vista más nuestro, son tan complejos y diversos los problemas derivados

del descubrimiento, conquista y colonización de América, que al más apartado de estas cuestiones deben interesar.

Para la mediatización próxima de todos estos estudios existe, repito, un ambiente asequible y dispuesto. Es preciso unificar y dirigir las investigaciones que aporten materiales a la gran Historia; reuniéndolos en un núcleo, que muy bien pudiera ser la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, como organismo propicio y casi nuevo.

Yo, queriendo expresar una opinión universitaria, lanzo la idea de crear la sección de Estudios Americanos, o de Historia de América, en nuestra Facultad; sección integrada principalmente por Lingüística, Geografía, Arqueología, Arte, Historia política, Cronología, Estética, Etnografía y Sociología, que podría contar con una serie de personalidades tan destacadas como Ballesteros, Altamira, Castro, Barras de Aragón, Trimborn, Lehmann, Rosemblatt y tantos otros.

Los que nos interesamos por estas cuestiones esperamos de quienes pueden hacerlo este movimiento sano en pro del descubrimiento científico de América.

BIBLIOGRAFIA

Incluiremos en esta sección:

1.º Extractos de conferencias o resúmenes de libros, lo bastante extensos para producir una visión de conjunto en el lector que no pueda acudir al original

2.º Revistas y libros recibidos.

3.º Revistas y libros cuya reseña juzguemos interesante para nuestros lectores.

Del sumario de las revistas citaremos únicamente aquellos artículos que tengan relación con los temas históricos.

RESUMENES

Queremos dar a conocer la obra de los más claros historiadores hoy vivos. A quien no le sea posible el conocimiento directo, creemos que estos resúmenes han de poder servirle para comprender la visión actual de los grandes problemas históricos, y, además, esperamos que sirvan de incitación a la lectura de las obras.

Hemos escogido las conferencias «Sobre el estado actual de la Ciencia Histórica», de Huizinga, tanto por la personalidad de su autor, y por haber sido dadas en una Universidad española, como por parecernos lo más apropiado por su carácter sintético y panorámico, para comenzar nuestra labor.

Los subrayados al texto, así como las notas que van al final, son nuestros.

J. HUIZINGA:

“Sobre el estado actual de la Ciencia Histórica”

(Conferencias dadas en la Universidad de Verano de Santander en julio de 1934. Traducción de María de Meyere. Madrid, «Revista de Occidente», 1934; 134 páginas, 5 pesetas.)

I

Desarrollo de la ciencia histórica desde comienzos del siglo XIX

Antes de describir el desarrollo de la ciencia histórica, conviene hacer notar que la ciencia histórica es la ciencia más dependiente de todas. Depen-

HISTORIA

diente de las otras ciencias, de la cultura en general, de la vida y de la experiencia personal del historiador. *Porque la historia es la ciencia que más se acerca a la vida.*

Por eso la historia no es producto de la escuela más que en bajo grado. Muchos grandes historiadores han intervenido activamente en la historia de su patria. En cambio, en las escuelas de la baja Antigüedad y en las Universidades medievales e incluso renacentistas, la historia es un género literario, un apéndice de la poesía y de la retórica.

En los siglos XVII y XVIII va haciéndose «sabiduría de antigüedades», erudición, atacada por Montesquieu y Voltaire, que, a su vez, preparan, con ideas generales, un nuevo marco para la historia.

El Romanticismo, caracterizado por su fuerte amor hacia las épocas pasadas, nos aporta el sentido histórico, que, unido a la perfección de la técnica investigatoria, va a dar el gran florecimiento de la ciencia histórica durante el siglo XIX. Entonces se hace la historia ciencia universitaria, sin que por eso deba perder el contacto con la cultura viviente.

En cuanto al avance positivo de nuestra ciencia en el siglo XIX, se basa:

1.º En la perfección y refinamiento del método (filología, epigrafía, arqueología, penetración más profunda en los fenómenos sociales). En este orden, el Romanticismo, con su interés por la Edad Media, fué quien dió el mayor impulso. La intensificación del método trae dos peligros: la acumulación de materias, sin finalidad, y la hipercrítica.

2.º En el enriquecimiento del material; ejemplo, la papirología, y

3.º (Inseparable del anterior) En el ensanche del campo, no sólo por el conocimiento de círculos culturales hasta entonces ignorados, sino por el de nuevos aspectos de los ya conocidos.

A través de todo el siglo XIX podemos caracterizar la historia por tres momentos, que no deben interpretarse cronológicamente:

1.º Historia política (Ranke, Thiers).

2.º Filosofía de la Historia (Herder, Hegel, Comte). Por aquí se va a pasar a la sociología, la ciencia de la cultura, etc. Y

3.º Desarrollo de las ciencias históricas particulares (Historia del Arte, del Derecho, Prehistoria, etc.); especialmente de la Historia Económica. Del cruce de ésta con la tendencia anterior procede el marxismo. También tiene gran importancia el contacto con las ciencias naturales; por ejemplo, con el evolucionismo darwinista.

Ni la economía ni la biología logran, en su época, imponerse a la ciencia histórica; sin embargo, hacia ya tiempo que la evolución había entrado en la historia, bajo el aspecto de *progreso*, que domina todo el siglo XIX, y al que se quiere dar valor científico inyectándole evolucionismo; por ejemplo, Bernheim.

Se nota la falta de un esquema general, que se ha querido construir o como curso continuo o como retorno. Un punto intermedio lo representan las ideas de renacimiento, etc. Este esquematismo procede de que se entendía como ciencia propiamente sólo la ciencia física, y quería someterse las ciencias

HISTORIA

del espíritu a las normas de aquélla (Lamprecht); tendencia contra la que reaccionaron Windelband y Rickert hacia 1900 (1).

La Historia se ha librado de la condena a ser sociología gracias a esa protesta.

II

El proceso del conocimiento histórico

La ciencia histórica llega al siglo XX como ciencia de hechos particulares del pasado humano en su conexión universal y en su aspecto variado y multicolor.

La lucha por los «principios», tan característica del siglo XIX, había sido ignorada por muchos investigadores. El fin de siglo no es un corte radical. Hombres como Lavissee, Pirenne, Meyer, realizan su trabajo a uno y otro lado de esa frontera. Sin embargo, va tomando en nuestro siglo la historiografía nuevos caracteres:

1.º La cooperación. Ya iniciada hace tiempo por las Ordenes religiosas, comienza a adquirir importancia a fin de siglo. Las historias de Lavissee y Rambaud, la Universidad de Cambridge, Walter Goetz, etc., son bien conocidas en este sentido. Hay aquí el peligro de que se pierda algún hecho y de falta de unidad. Y

2.º La especialización creciente, que hace que los grandes historiadores generales, como Ranke, Thiers, etc., hayan desaparecido, y los hombres más eminentes sean especialistas. La actividad del historiador general es como la de una gran central donde se reúnen los resultados de múltiples talleres diferentes.

El trabajo del historiador tiende a simplificar la enorme complicación del vivo pasado, y cuanto más de cerca se estudie una época más complicada y difícil resulta. Hay que estar dispuesto a continuas correcciones, rectificaciones, etc., pues *nunca puede tenerse como definitivo un resultado en cuanto se trate de algo más que de fijar un mero hecho.*

No tendemos a conocer todo lo cognoscible del pasado; queremos vivir éste, pero desde las formas espirituales que nosotros mismos aportamos. Historiar es *entender el pasado.*

De todo esto proceden los inevitables y más aparentes que reales defectos de la historia:

- 1.º La historia es ciencia inexacta.
- 2.º El caso histórico no puede ser aislado nunca.
- 3.º No puede haber leyes históricas. Un hecho histórico sólo está sometido a leyes en otros aspectos (económico, etc.). No faltan, sin embargo, quienes afirmen la existencia de leyes históricas, pero es que olvidan que

(1) Véase el libro de Rickert *Ciencia cultural y Ciencia natural.*

HISTORIA

4.º El concepto de causalidad es, en la historia, de una validez muy restringida, y por eso

5.º El concepto de desarrollo es de una utilidad muy limitada y a veces perturbador.

Cuando se habla de evolución no hay que olvidar la metáfora que ahí va implicada y el hecho de que en historia es imposible señalar un proceso normal evolutivo. Sin embargo, si se usan cuidadosamente, representaciones como evolución y organismo pueden ser útiles para entender, en general, las formas de la sociedad humana, tanto presentes como pasadas (2).

III

La idea histórica

¿Cuáles son las unidades o totalidades del mundo histórico? Por de pronto, el individuo humano, no; puesto que sólo se da en determinadas conexiones.

Ciertamente necesitamos unidades históricas. Un realismo, en el sentido escolástico de la palabra, es imprescindible, y una teoría, una ideología. El hecho histórico sólo es particular en cuanto entra en una relación general. Lo cual no significa que la historia sea pura sociología, pues la historia *concibe y trata su materia como acontecimiento y no como organismo*. Además, tiene que emplear un punto de vista indeterminista, en lo que se refiere a su asunto; sólo así puede hacer justicia a la plenitud de la vida.

Todo esto se nos explica por el siguiente hecho, sin el cual no se entiende la misión de la ciencia histórica. El historiador trata de encontrar la significación del pasado; para ello ha de arreglar los fenómenos según las categorías que le proporciona la cultura en que vive. Desde su cultura, el historiador percibe formas, y para describirlas tiene que manejar métodos sociológicos. La forma se interpreta como organismo y la función como evolución. Evolución es ir hacia alguna parte (¿a dónde? Esta es la pregunta típica del historiador). La historia es *ciencia finalista*.

El empleo de formas históricas implica varios peligros:

1.º El antropomorfismo, o sea la tendencia a atribuir a una construcción imaginaria acciones que suponen una conciencia humana. Como caso típico, Spengler.

2.º Inflación de los conceptos; es decir: aplicación de un concepto a objetos distintos y distantes de aquel para el que se creó. Así ha ocurrido con términos tales como renacimiento, gótico, barroco, etc. Y

(2) Para el uso de la metáfora como medio expresivo, véase Kant: *Reflexiones de centenario*, y el artículo del tomo IV de *El Espectador* «Las dos grandes metáforas», ambos están en «Obras completas de Don José Ortega y Gasset», páginas 853 y 430, respectivamente.

3.º El patrón fijo; es decir, la aplicación demasiado ligera de términos generales, tales como feudalismo, democracia, etc.

Aquí viene bien hablar del esquema Antigüedad, Edad Media, Edad Moderna. Los humanistas vieron en la Antigüedad un gran brillo y creyeron haber vuelto a hallar aquella perfección. El período que separaba las dos épocas gloriosas no tenía valor, era simplemente lo que estaba en medio: la Edad Media. Hacia 1700 esta representación penetró en las escuelas. Los románticos dieron valor a la Edad Media, pero no le cambiaron el nombre.

El reconocer lo insuficiente de esa clasificación no nos impide el seguir usando esos términos; pero no hay que olvidar que no son más que medios auxiliares.

El sentimiento histórico tiende, por naturaleza, hacia lo específico, lo concreto, lo especial; pero lo especial tiene siempre un nexo con algo general y es, él mismo, general con respecto a lo más especial.

Una vez entendido esto, pueden resolverse cuestiones que parecían tener soluciones incompatibles. Aquí no se trata ya de escoger entre lo uno y lo otro, sino de afirmar lo uno y lo otro (3).

Estas cuestiones son:

1.ª ¿Es objeto de la historia el hecho especial o las grandes coherencias? Ambos. Así, lo importante de César es su desigualdad entre un sinnúmero de figuras y su semejanza con otras.

2.ª ¿Es sujeto histórico el individuo o la masa? No se puede plantear esta oposición, puesto que la masa no está formada por cantidades homogéneas y simples, sino por individuos diferenciados. Y

3.ª La labor historiográfica, ¿es de análisis o de síntesis? Es de las dos cosas; si bien, de hecho, se tiende al análisis más que a la síntesis, lo que puede disculparse:

- a) Por la índole del asunto histórico, cuyo material es variadísimo;
- b) Porque no es posible conocer lo especial sin concebirlo en lo general, y
- c) Porque, en cierto sentido, la síntesis se lleva a cabo en el análisis mismo.

Conviene recordar que la elección del asunto para el historiador depende, muchas veces, de razones de simpatía u otras análogas. Aquí se halla la justificación del gusto por el detalle y la conveniencia del aficionado historiográfico.

Estas observaciones nos llevan a la cuestión del objetivismo y subjetivismo en el cultivo de la historia. El elemento subjetivo no falta ni puede faltar. Conocimientos históricos que no tienen su resonancia en una vida personal carecen de valor (4).

Este subjetivismo puede llevar a un escepticismo histórico, que, de hecho,

(3) Obsérvese la evidente conexión, en una u otra forma, de muchas de estas afirmaciones con el pensamiento orteguiano.

(4) Un discípulo de Mommsen escribía: «Historiam puto scribendam cum ira et studio».

HISTORIA

se ha producido cada vez que una fuerte corriente de pensamiento fuerza a una época a determinar de nuevo su punto de vista frente a la historia. Pero hay que tener en cuenta que, más que de fuentes narrativas, la historia saca su conocimiento de testimonios inmediatos, materiales, y también que no es raro que un juez hábil pueda, con datos deficientes, reconstruir un hecho. Además, el hipercrítico no duda de su apriorismo hipercrítico, y, en el fondo, le pasa al escéptico histórico lo que al filósofo. La proximidad de la historia a la vida, donde es mucho más fácil moverse por motivos de evidencia, probabilidad, etc., unido a la creciente agudeza del método histórico, alejan el peligro del escepticismo.

El discernimiento histórico exige tres cosas:

1.^a Sentido común.

2.^a Práctica. Y

3.^a Sentido histórico. Este parece, en nuestros días, estar más extendido que en ninguna otra época; lo cual nos lleva a la cuestión del puesto de la historia en nuestra vida actual.

IV

Valor de la historia para la cultura actual

¿Cuál es el prestigio actual de la ciencia histórica? Las respuestas son contradictorias. Lo mismo ocurre con esta otra pregunta: ¿Cuál es el valor de los actuales productos historiográficos?

La producción histórica es más abundante que nunca, y, en vez de dirigirse a un público especializado, busca grandes masas de lectores. Este es uno de los fines más importantes de la actividad histórica. Pero, ¿satisface la historiografía actual esa exigencia de cultura general? A primera vista, sí. Hay innumerables manuales, ediciones populares, etc. Respecto a la calidad de estos productos, así como de la investigación contemporánea, hay muchas opiniones adversas.

¿Ha sufrido la historia daño al hacerse ciencia escolar? ¿Sirve de algo ese *moler el polvo* de los archivos? En parte, parece injusto el ataque contra la investigación particular, cuya justificación se ha intentado hacer en la anterior conferencia.

Todo esto va a parar a una cuestión mucho más honda, que es la de historicismo y antihistorismo.

El racionalismo (5), y en especial Descartes, rechaza a la historia como fuente de verdaderos conocimientos. La inferioridad de la técnica histórica frente a la de las ciencias físicas hizo caer en sombra a la historia. A par-

(5) Véase el «Tema de nuestro tiempo», capítulos III y IV, páginas 749 a 759 de «Obras completas de Don José Ortega y Gasset»

tir del Romanticismo, se va más que nunca al pensar histórico en todos los órdenes y llega a exagerarse hasta dar en el relativismo.

Precisamente contra esto surge la protesta de Nietzsche, que halla eco en muchos círculos culturales. A fines del siglo XIX se inventa la palabra *historicismo* o *historismo*, para designar el abuso de la historia; pero desde 1918 ya no es el abuso, sino la historia misma, lo que se ataca; ya es franco antihistorismo.

Benedetto Croce llama al antihistorismo actual «barbarie y embrutecimiento», y lo considera como algo puramente negativo.

Es innegable que el excesivo historicismo es un peligro para la vida espiritual. Troeltsch propone, como remedios contra la excesiva historización, el racionalismo, la religión o la contemplación estética, y, como superior a éstos, la combinación de la filosofía con el saber histórico.

No está de más observar que los grandes historiadores no han sido, en realidad, relativistas. Los nombres de Tucídides, Plutarco, San Agustín, Ranke, Michelet y otros lo muestran claramente. Y si nos consideramos a nosotros mismos, la historia, más que un efecto destructor, sirve, como las ciencias naturales, para curarnos del egocentrismo (6), y mientras todas las otras ciencias están más bien dirigidas hacia la vida, conserva la historia cierta orientación hacia la muerte, que la coloca muy cerca de la filosofía. Todo lo cual nos lleva a preguntarnos: ¿qué quiere la historia? ¿Qué puede? (7).

En la conocida clasificación de Bernheim se encuentra una respuesta a esta pregunta. Para Bernheim, la historia empezó por ser narrativa, con un valor más bien ritual y político; luego fué pragmática, con un fin de enseñanza, sobre todo para el hombre de Estado, así la historia clásica; por último, es genética y propiamente científica. Esto sólo se produce en el siglo XIX.

Tal esquema es insuficiente. Los términos narrativo, instructivo, genético, son divisiones arbitrarias. Toda historia es narrativa, es genética (ya lo era para Herodoto) y también instructiva o pragmática, no en el sentido de normas de conducta, sino en el de entender. Como Burckhardt decía, no nos vuelve prudentes, sino sabios. En este sentido parece equivocarse Paul Valéry cuando ataca la historia en cuanto maestra de la vida.

Aparte de estos ataques, es indudable que se quiere desviar a la historia en diversos sentidos:

1.º El movimiento de la llamada «Nueva Historia», principalmente en Norteamérica y en Italia, acentúa de un modo anticuado el tono instructivo y sociológico, es serio y científico, pero no ha dado resultados apreciables.

2.º La historia novelada y fantástica, que se inventa lo que no sabe para agradar al lector. Y

(6) Véase «Las Atlántidas», capítulos «El horizonte histórico» y «El sentido histórico», páginas 826 y 845, respectivamente, de las citadas «Obras completas», y «La Academia Platónica», de P. L. Landsberg, *passim*.

(7) Véase el ensayo de Don José Ortega y Gasset «La Filosofía de la Historia», de Hegel, y «La historiología», publicado en el libro «Goethe desde dentro.»

3.º La historia en servidumbre, sometida a dictaduras políticas o ideológicas, que tienden a exagerar y deformar los hechos para favorecer determinadas teorías y puntos de vista (8).

También suele exagerarse la importancia de los hechos recientes, para los que aún no hay suficiente perspectiva histórica.

Por encima y frente a todo esto tenemos que volver a afirmar que *comprender el mundo en y por el pasado, ésta es la ocupación de la historia*. La pureza y riqueza de los conocimientos históricos indican, más que nada, el valor de una cultura. Para mantener al debido nivel el cultivo de la historia, es más indispensable todavía que los medios técnicos y el claro entendimiento, la sincera voluntad y el puro espíritu.

CARLOS A. DEL REAL

REVISTAS EXTRANJERAS

Revue des Deux Mondes, 1 mars 1935. París.

Gabriel Hanotaux: «Richelieu et l'armée», I.

A. Augustin-Thierry: «Le prince imperial; III, Le prétendant».

Revue des Cours et Conférences. Mars 1935. París.

Henri Hauvette: «L'Antiquité dans l'oeuvre de Dante».

H. Hauser: «Les idées et la politique économique du Cardinal Richelieu. V, La grande misère du commerce français en 1626-1627».

B. A. Poequet: «Deux féodaux; Bourgogne et Bretagne. VI, Philippe le Bon et Jean V (1429-61)».

La Revue de Paris, 15 mars 1935. París.

Gabriel Hanotaux: «Les lettres de l'Impératrice Eugénie».

Jean Cassou: «Les Nocturnes de Cervantes».

Nouvelle Revue de Hongrie, avril 1935. Budapest.

Arpad Marko: «François II Rakoczi».

Die Neue Rundschau, märz 1935. Berlín.

Hans Reisiger: «Mary Stuart».

(8) Véase la parte preliminar del libro de Max Scheler «El saber y la cultura.» y las notas correspondientes.

HISTORIA

- Forschungen und Fortschritte*, 1 m  rz 1935. Berlin.
Eckhard Menke: «Zur Typologie der Silexger  te von Muge».
Erich Ziebart: «Neue griechische Bleitafeln mit Verfluchungsschriften aus Athen».
Albert Bruckmann: «Die Anf  nge des polnischen Staates».
Victor Junk: «Die barysche Herkunft der Prinz-Eugen-Lieder».

REVISTAS ESPAÑOLAS

- Revista de Occidente*, enero de 1935. Madrid.
J. Burckhardt: «La democracia en Atenas».
Cruz y Raya, enero de 1935. Madrid.
José Maria de Cossío: «Imperio y Milicia».
Acción Española, febrero de 1935. Madrid.
Leopoldo E. Palacios: «Cristianismo y tradición».
Mc Nair Wilson: «Monarquía contra plutocracia».
Investigación y Progreso, marzo de 1935. Madrid.
César Pem  n: «Xera, Cerit y Tartessos».
Hans Opperman: «Salustio».
Revista de Estudios Hispánicos, marzo de 1935. Madrid.
Miguel Herrero-García: «La Semana Santa y los gremios de Madrid».
M. Ballesteros Gaibrois: «Hispanoamericanismo».
Oasis, marzo de 1935. Madrid.
Celestino López Castro: «El Monasterio de la Oliva».
Ignacio Bauer: «La tierra sagrada de Palestina».
Prisma, marzo de 1935. Madrid.
Luis de Sosa: «Causas políticas de la independencia Hispano-americana».

LIBROS

ALBERT CHAMPDOR: PALMIRE.

Palmira, la ciudad fundada por Salomón, y la vida de la reina Zenobia. Uno de los temas menos conocidos de la Historia. El autor des-

HISTORIA

cribe, con una gran potencia de evocación, el carácter de esta mujer extraña y voluntariosa, que intentó resucitar en el siglo III el Imperio de los Seleúcidas, teniendo que acudir el propio Aureliano a luchar contra ella (270-275). Tan bella como instruída, Zenobia tenía como primer ministro al filósofo griego Longinos y seguía a sus soldados en las campañas guerreras. Este libro de Albert Champdor no es el trabajo minucioso de un erudito, sino que más bien parece dedicado al gran público que se interesa por los estudios históricos.

MAURICE POMMANGET: *PAGES CHOISIES DE BABEUF*, 330 páginas, 35 francos.

Gracchus Babeuf fué el hombre que, por primera vez en Francia, hizo del socialismo una realidad política. M. Pommanget ha sabido recoger, anotar y comentar hábilmente estas páginas escogidas, que hacen revivir la figura ardiente y apasionada de aquel tribuno del pueblo que fué Babeuf.

CH. SEIGNOBOS: *ETUDES DE POLITIQUE ET D'HISTOIRE*. Presses Universitaires de France. París, 1934.

Los amigos y discípulos del historiador francés han reunido en un volumen, como homenaje al anciano profesor, los principales estudios y artículos publicados por Mr. Seignobos en artículos y revistas a lo largo de su fecunda carrera.

TEOFILO ORTEGA: *SÓCRATES*. Madrid, 1935.

Volumen que reúne varios ensayos, entre los cuales es el más extenso el que el autor dedica a la figura del inmortal mártir de la democracia ateniense, trazando su personalidad a través de los diálogos platónicos, ya que, como es sabido, Sócrates no escribió nada.

Librería ENRIQUE PRIETO, Preciados, 48, Madrid, sirve toda clase de libros

LIBRERIA GENERAL DE

Victoriano Suárez



Preciados, 46 - Teléf. 11334
MADRID

OBRAS COMPLETAS DE JOSE ORTEGA Y GASSET

En un solo volumen: Encuadernado en tela, 55 ptas. - A plazos, mediante cuotas de 10 ptas. mensuales

BIBLIOTECA DE IDEAS DEL SIGLO XX

PESETAS

Dirigida por José Ortega y Gasset

	Rústica	Tela
RICKERT.—Ciencia cultural y ciencia natural	5	8
BORN.—La teoría de la relatividad de Einstein	12	15
UEXKULL.—Ideas para una concepción biológica del mundo ...	7	10
SPENGLER.—La decadencia de Occidente. Tomo I	9	12
BONOLA.—Geometrias no euclidianas	7	10
SPENGLER.—La decadencia de Occidente. Tomo II	9	12
WOLFFLING.—Conceptos fundamentales en la historia del Arte.	18	20
SPENGLER.—La decadencia de Occidente. Tomo III	9	12
— La decadencia de Occidente. Tomo IV y último	9	12
Indice de materias por orden alfabético de la decadencia de Occidente	1	
HERTVIG.—Génesis de los organismos. Tomo I	12	15
— Génesis de los organismos. Tomo II	12	15
ALFREDO ADLER.—Conocimiento del hombre	8	

HISTORIA UNIVERSAL

Dirigida por Walter Goetz, de Leipzig, con la colaboración de 40 especialistas europeos. Versión española de D. Manuel García Morente, Decano de la Universidad Central.

Completa en 10 volúmenes :: Pida folletos ilustrados :: A plazos de 10 pesetas mensuales

EN SU LIBRERIA Y EN **ESPASA-CALPE, S. A.**
Rios Rosas, 24. "Casa del Libro". - Av. Pi y Margall, 7. Madrid

MURILLO.—Pasaje de Valdecilla, 2.